

“CUANDO SE VIVE AL DÍA...”
TRABAJO FEMENINO Y POBREZA URBANA: REFLEXIONES
PARA LA ACCIÓN

Rocío Enríquez Rosas*

1. INTRODUCCIÓN

Entender las condiciones actuales de vida de los pobres urbanos es una tarea impostergable, así como lo es la elaboración, ejecución, evaluación y seguimiento de programas de intervención que busquen combatir frontalmente el deterioro en los niveles materiales y sociales de vida de muchos hombres y mujeres pobres urbanos.

El propósito de este trabajo es mostrar al lector desde un enfoque antropológico las características de la participación femenina económica en espacios urbanos marginales, así como el preponderante papel que juega el escenario familiar en el trabajo extradoméstico de las mujeres.

Explorar el trabajo femenino a partir de su vertiente subjetiva nos permite acercarnos al mapa sociocultural de los actores sociales que experimentan cotidianamente la pobreza. El diseño de políticas sociales para el combate a la pobreza debe ir acompañado sistemáticamente por la recuperación y el análisis de ese mundo de significados que construyen los pobres urbanos acerca de su entorno, y de las posibilidades y los recursos que ellos vislumbran como alentadores para el logro de mejores condiciones de vida.

El marco conceptual que respalda esta investigación es la discusión actual en torno a las estrategias de sobrevivencia de los pobres urbanos y el enfoque sobre activos-vulnerabilidad desarrollado por Moser (1996). A partir del análisis de estos modelos explicativos sobre el comportamiento de los pobres urbanos en su lucha por la sobrevivencia, se busca argumentar la necesidad de llevar a cabo investigaciones que retomen explícitamente el mundo subjetivo de los actores sociales y sus lógicas de inserción en el mercado laboral.

Un elemento central que atraviesa la discusión planteada en este trabajo,

* Iteso, Guadalajara.

tiene que ver con el entendimiento de los hogares pobres urbanos como espacios contradictorios donde coexisten las relaciones de apoyo y de conflicto, donde el género y la edad juegan un papel central para la distribución de los recursos, la participación en la toma de decisiones y los modos de inserción en el campo laboral (González de la Rocha, 1986 y 1994).

Una vez expuestos los referentes teóricos de este trabajo, se analizarán las características del trabajo femenino en contextos de pobreza urbana a través de un estudio de caso y se revisarán las formas en que la participación femenina económica incide en las condiciones de vida de las mujeres y sus familias. Los datos provienen de la aplicación de una encuesta semiestructurada a sesenta mujeres de un asentamiento irregular ubicado en la zona metropolitana de Guadalajara, denominado colonia Las Flores. Posteriormente se trabaja con información cualitativa, producto del material recopilado en el diario de campo y de las entrevistas en profundidad de enfoque biográfico realizadas a quince mujeres que forman parte de este estudio. El propósito es reconstruir y discutir a partir de las propias narrativas de las entrevistadas, las experiencias tenidas en torno al trabajo a lo largo de sus vidas.

Entender la situación laboral de las mujeres en un contexto actual de pobreza urbana, implica ir más allá del marco temporal presente y profundizar en los procesos sociales y familiares que han experimentado los actores sociales a lo largo de sus vidas. Esta visión histórica busca rebasar las fronteras de lo urbano para entonces poder comprender con mayor claridad lo que significa en la actualidad vivir en la ciudad, trabajar y ser pobre.

2. CONTEXTO TEÓRICO

2.1. El hogar: campo social de encuentros y desencuentros

El análisis de las raíces profundas de la pobreza ha sido una tarea abordada por diversos autores desde diferentes planteamientos teóricos y metodológicos. La literatura sobre el tema refleja el tránsito en el entendimiento de la pobreza desde una óptica centrada primeramente en las carencias y los déficits de los pobres, hacia una perspectiva que concentra su atención en los recursos y las respuestas que elaboran los pobres para hacer frente a su condición.

El análisis de los hogares pobres ha llevado al entendimiento de éstos como arenas sociales donde la lucha por los intereses individuales y colectivos, y las relaciones de desigualdad y subordinación por género y edad, juegan un papel determinante en la toma de decisiones y en la generación de alternativas que promuevan un mayor bienestar para cada uno de los miembros del

hogar (González de la Rocha, 1986 y 1994). El análisis sobre las estrategias de sobrevivencia en contextos de pobreza ha dado lugar a debates y cuestionamientos importantes que han llevado a nuevas propuestas teóricas para el entendimiento de un fenómeno sumamente complejo.

Para comprender el comportamiento de los pobres urbanos es necesario profundizar en el conocimiento de los espacios sociales donde se crean y recrean las relaciones primarias entre los individuos. Me refiero a los espacios domésticos y al papel central que éstos juegan en la lucha por la supervivencia cotidiana. La visión romántica e idealizada del hogar como "el refugio" por excelencia ante las adversidades de la vida, ha quedado atrás para la gran mayoría de los estudiosos sobre el tema. La familia es el escenario social privilegiado para el cultivo de los afectos y los odios más profundos y perdurables a lo largo de la existencia. Las relaciones familiares reflejan en su complejidad la coexistencia de emociones tales como: el odio y el amor, la culpa y el perdón, la distancia y la reconciliación, la solidaridad y la competencia, la confianza y la duda...

Vivir en familia implica necesariamente el enfrentamiento cotidiano con la desigualdad y el conflicto, abierto o encubierto, entre los diferentes miembros. Es en este espacio social donde confluyen intereses opuestos que llevan en la mayoría de las ocasiones a ganancias para unos y pérdidas para otros. Las posibilidades de negociación están altamente determinadas por la posición jerárquica y de género que ocupan cada uno de los miembros del hogar. Las decisiones acerca de los modos y formas de vivir en familia no pueden ser vistas entonces como producto de una participación equitativa e incondicionada; en la familia, cada miembro se juega cotidianamente el pase hacia la pertenencia o bien, hacia la exclusión, sea esta última emocional o física.

Estudiar los hogares, en este caso, aquellos que se encuentran en condiciones de pobreza, implica necesariamente desenmascarar las relaciones de poder y subordinación que se anidan en su interior y que la ideología dominante pretende legitimar. Los caminos que construyen y transitan aquellos hogares que luchan cotidianamente por la existencia, deben ser analizados a la luz de las contradicciones inherentes a la vida en familia y a los cambios estructurales económicos y sociales a los cuales están expuestos a lo largo de su existencia.

Selby *et al* (1994) señalan la importancia de diferenciar adecuadamente conceptos tales como familia, hogar y unidad doméstica. Para estos autores la familia es una categoría cultural, mientras que la unidad doméstica es una categoría analítica. La unidad doméstica es entonces entendida como un grupo de individuos corresidentes que comparten el consumo y garantizan su re-

producción material a partir de un gasto común al cual todos deben aportar. En este sentido, la unidad doméstica se basa normalmente en una familia, pero no la constituye como tal (1994: 95). Roberts (1995), al igual que Selby *et al* (1994), comenta también la importancia de diferenciar términos tales como hogar y familia. El hogar es entonces la unidad básica de coresidencia mientras que el término familia se refiere a una red compleja de relaciones normativas.

Para García, Muñoz, Oliveira (1982) el análisis de las estrategias de sobrevivencia en contextos de pobreza y exclusión, implica visualizar a los hogares como instancias mediadoras entre el individuo y las estructuras sociales y económicas mayores. El hogar es el escenario donde se toman decisiones y ejecutan acciones de acuerdo con los cambios en el mercado laboral y las condiciones sociales en general. Wolf (1994) problematiza la categoría analítica "hogar" y advierte sobre la importancia de entender ésta como un escenario donde no necesariamente existe el consenso detrás de cada decisión asumida y donde tampoco está garantizada la participación altruista de cada uno de los miembros. Las dinámicas de poder, coerción y rebelión están íntimamente involucradas en cada una de las decisiones que se toman en el interior de los hogares. Para esta autora, el espacio doméstico es el campo obvio para iniciar el análisis de las repercusiones que los cambios económicos externos producen; sin embargo, este análisis debe rebasar la esfera de lo doméstico y señalar las formas en que estas transformaciones domésticas afectan también las estructuras sociales y económicas mayores.

Diversas investigaciones (González de la Rocha, 1986, 1994; Wolf, 1994; García *et al*, 1982; Selby *et al*, 1994; entre otros) evidencian las relaciones antagónicas que se experimentan cotidianamente en el interior de los hogares. Estas relaciones no son de ninguna manera exclusivas de los grupos domésticos pobres. Las relaciones de poder y subordinación coexisten independientemente del estrato socioeconómico al cual se pertenece. Sin embargo, cuando la pobreza se encarna en un espacio doméstico con relaciones familiares diferenciadas de acuerdo con normas socioculturales prestablecidas, las consecuencias pueden ser muy graves. El acceso desigual a los pocos recursos que la familia logra proveer, así como los procesos no democráticos en la toma de decisiones, generan condiciones de bienestar vs malestar cualitativamente diferentes en cada uno de los miembros del grupo doméstico pobre. En este sentido, hace falta profundizar en las rutas internas que transitan los recursos una vez que ingresan al hogar, así como las lógicas y constructos socioculturales que determinan la distribución diferenciada de los recursos y el acceso desigual a la formulación de alternativas para la sobrevivencia cotidiana.

Las crisis económicas que ha experimentado nuestro país a lo largo de las dos últimas décadas han provocado ajustes significativos en las relaciones familiares. El incremento de la participación femenina en el mercado de trabajo, el desempleo que han enfrentado muchos hombres y la persistencia de salarios raquíuticos, han originado espacios de conflicto y también de negociación en el interior de los grupos domésticos. Los procesos de transformación social en las relaciones familiares de los pobres urbanos demandan un análisis profundo y sostenido que permita evidenciar los cambios que se gestan lentamente y que promueven relaciones más justas y democráticas en el seno de las familias. En este sentido, hace falta estudiar con detenimiento los nuevos significados que tanto hombres como mujeres pobres urbanos, construyen en torno a su vida en familia.

Para Oliveira (1998), Ariza y Oliveira (2001) y García (1998), entre otros autores, son las familias de escasos recursos las que presentan una mayor resistencia al cambio en las relaciones tradicionales de género. Aun cuando a nivel de discurso se vislumbran pequeñas transformaciones, las prácticas domésticas permanecen casi inalterables. Estas aseveraciones necesitan ser cuestionadas a la luz de la evidencia que los datos etnográficos ofrecen a principios de un nuevo siglo. Si bien no podemos hablar de procesos de transformación social generalizados, sí existen nuevas prácticas domésticas entre los pobres urbanos que rebasan el mero discurso y atentan contra las formas tradicionales de vivir en familia que dominaban en décadas anteriores. Es precisamente en los escenarios familiares pobres, donde la lucha por la sobrevivencia ha demandado una participación económica mucho mayor de las mujeres. Esta respuesta doméstica ante la estrechez económica y mantenida a lo largo de muchos años, altera necesariamente las pautas de comunicación, de manejo y acceso a los recursos y de toma de decisiones en el interior de las familias. Existen nuevas tendencias en el comportamiento doméstico que si bien en muchos casos han exacerbado los fenómenos conflictivos y violentos, también se gestan cotidianamente nuevas maneras de entender la vida en pareja y la distribución de las múltiples responsabilidades que demanda un hogar.

Los pobres urbanos son sujetos activos que no permanecen estáticos ante los cambios sociales y económicos mayores, las rutas que diseñan cotidianamente en su lucha por la sobrevivencia son también respuestas que detonan, voluntaria o involuntariamente, la búsqueda de nuevos significados en torno a los papeles sexuales y a las relaciones de poder en el interior de la familia y del entorno comunitario.

2.2. *Estrategias de sobrevivencia y niveles de vulnerabilidad de los hogares pobres: alcances y fronteras conceptuales*

Para autores como Moser (1996), González de la Rocha (1994), Kaztman y Filgueira (1999), Zaffaroni (1999) y Wolf (1994), entre otros, los individuos, los hogares y las comunidades no son pasivos en la manera de enfrentar los cambios económicos. Ellos desarrollan una serie de estrategias y mecanismos que buscan intencionadamente atenuar los efectos de las crisis económicas y del consecuente deterioro en las condiciones de vida. El concepto de estrategias de sobrevivencia busca dejar a un lado el enfoque estructuralista que niega la agencia humana y la racionalidad del individuo; en este sentido, la óptica actual se centra en el análisis de los recursos y las potencialidades con que cuentan los pobres para acceder a la estructura de oportunidades existente en una sociedad dada. Bajo esta perspectiva, se busca también atender a los diversos elementos estructurales que determinan y constriñen las posibilidades de los hogares pobres para enfrentar la adversidad. En este sentido, se aborda el conflicto de intereses y las relaciones de desigualdad, de solidaridad y de subordinación que se generan en los hogares.

Selby *et al* (1994) elaboran una serie de críticas interesantes en torno al concepto de estrategias de sobrevivencia y su utilización en el análisis de los hogares mexicanos pobres. El concepto de estrategias surge a partir de la teoría de juegos y decisiones; este planteamiento conceptual implica la existencia de un actor social que es definido como quien toma las decisiones. En el caso de las familias mexicanas no se trata de un actor social único, sino de un grupo de individuos que componen el hogar y que negocian desde diferentes posiciones, intereses y acceso a los recursos, las decisiones a ejecutar en búsqueda del bienestar y una mejor calidad de vida. En este sentido, la complejidad del fenómeno rebasa los planteamientos que propone la teoría de juegos y decisiones. Este modelo teórico asume también que detrás del proceso racional de toma de decisiones se encuentra una serie de alternativas posibles a tomar en cuenta. En el caso de los hogares pobres mexicanos la gama de opciones es restringida y esto lleva a la adopción de rutas o soluciones obligadas. Además, el término *estrategias de sobrevivencia* presupone que los hogares están realmente sobreviviendo; los hechos en muchos casos, señalan lo contrario. "Sobrevivir, en términos humanos, significa poder participar cabalmente en la vida simbólica, ritual y económico-social de la comunidad" (1994: 120).

Morgan (en González de la Rocha, 1994) plantea tres condiciones básicas para el análisis de las estrategias de sobrevivencia en hogares pobres urbanos: la existencia de recursos, la naturaleza tanto material como no material de estos recursos y las relaciones de poder involucradas en el manejo de estos

recursos. Kaztman y Filgueira (1999) por su parte, establecen una diferencia entre estrategias de sobrevivencia y estrategias de movilidad e integración social. Las primeras se refieren a respuestas en el corto plazo que desarrollan los hogares pobres urbanos para enfrentar cotidianamente la pobreza, en ellas el capital social juega un papel fundamental; las segundas, reflejan la presencia de planes a largo plazo que buscan la inversión en activos referentes al capital humano que permitan el acceso a la estructura de oportunidades en las sociedades actuales.

Finalmente, para González de la Rocha (1994) el concepto de estrategias de sobrevivencia ha permitido construir explicaciones alternativas al cambio social dejando a un lado el paradigma estructuralista. En este sentido, a pesar de las fuerzas que constriñen y limitan la toma de decisiones en el interior de los hogares, los individuos tienen capacidad de agencia y se mantienen de acuerdo con ella. Es en los contextos de pobreza donde los individuos buscan precisamente la sobrevivencia y ésta se logra en parte, a través de las redes de relaciones de ayuda mutua e intercambio recíproco que los pobres construyen cotidianamente y de manera intencionada para amortiguar los múltiples efectos de la pobreza y la exclusión social.

El deterioro acumulado y progresivo en las condiciones de vida de muchos grupos humanos alrededor del mundo y las críticas en torno a las bondades y limitaciones del concepto *estrategias de sobrevivencia*, han dado lugar al surgimiento de nuevos enfoques que buscan aportar al entendimiento de las estructuras profundas que subyacen a la pobreza. Nuevamente, el énfasis está orientado al análisis de los recursos y los activos existentes en los hogares y la manera en que éstos interactúan para la generación de alternativas en el combate a la pobreza.

Moser (1996) incorpora el concepto de *vulnerabilidad* en el análisis que realiza sobre las condiciones de pobreza y desigualdad de cuatro comunidades ubicadas en diferentes lugares del mundo y que han enfrentado cambios significativos en su economía y nivel de vida en los últimos años. La vulnerabilidad es entendida como la inseguridad en los niveles de bienestar de los individuos, los hogares o las comunidades frente a los cambios en el medio ambiente. Estos cambios que afectan el bienestar pueden ser ecológicos, económicos, sociales o políticos y manifestarse de forma repentina, cíclica o mantenida. Este tipo de cambios incrementa el riesgo y la incertidumbre y afecta la percepción que el individuo tiene de sí mismo. Además, el concepto de vulnerabilidad implica entender el fenómeno de la pobreza como un proceso y no como una condición estática.

En este enfoque, analizar el incremento o decremento de la vulnerabilidad implica detectar no sólo las amenazas que atentan contra el bienestar de

los individuos, sino también las maneras en que éstos se resisten ante los diversos cambios en su medio ambiente. Estas prácticas de resistencia son entonces los activos con que cuentan los individuos, los hogares y las comunidades para enfrentar la adversidad. Para medir los niveles de vulnerabilidad, se propone una clasificación que incluye tanto los activos (recursos) materiales como no materiales con los cuales los individuos enfrentan los cambios en su medio ambiente. Esta clasificación permite detectar si los cambios externos benefician o erosionan los recursos existentes. Los activos propuestos son entonces: trabajo, capital humano, recursos productivos, relaciones en el ámbito doméstico y capital social.

Moser (1996) señala que el incremento o decremento en la vulnerabilidad de los hogares depende de la capacidad que tengan para enfrentar los cambios económicos de larga duración; en este sentido, la efectividad de las estrategias de sobrevivencia utilizadas por los grupos domésticos o bien, la diversificación e innovación en estas estrategias, son los mecanismos que determinan la condición de mayor o menor vulnerabilidad de los hogares. Además, al igual que González de la Rocha (1994), la autora enfatiza la importancia de analizar el comportamiento de los hogares de acuerdo con la etapa del ciclo doméstico en la que se encuentran y con las condiciones de desigualdad y subordinación respecto al género y la edad entre los miembros que componen el núcleo doméstico. En relación con el capital social, se advierte el papel fundamental que juegan las redes de apoyo social e intercambio recíproco en el enfrentamiento de las crisis y cambios económicos.

Kaztman y Filgueira (1999) incorporan los planteamientos centrales de Moser (1996) en un estudio que busca establecer relaciones entre las estructuras de oportunidades existentes en la sociedad uruguaya y las capacidades de los hogares para desarrollar y movilizar activos con el propósito de aprovechar estas oportunidades. Este autor utiliza como unidad de análisis los hogares y define su enfoque de la siguiente manera:

...esta aproximación se detiene en el examen de la disponibilidad de ciertos atributos básicos de los hogares, requeridos para hacer un aprovechamiento efectivo de la estructura de oportunidades que ofrecen el mercado, la sociedad y el Estado. La idea de activo o capital es central en este enfoque en la medida en que expresa tanto el portafolio de recursos que manejan los hogares como su carencia o déficit en alcanzarlos (1999: 10).

El autor parte de dos premisas básicas que refuerzan el planteamiento de Moser (1996) y explicita por su parte la relación existente entre la estructura de oportunidades y el comportamiento consecuente de los hogares: el grado

de vulnerabilidad de los grupos domésticos es entendido como la capacidad de éstos para enfrentar las amenazas del medio ambiente a través de los recursos existentes y de su buen aprovechamiento para insertarse en la estructura de oportunidades; las variaciones en la vulnerabilidad de los hogares dependen de los cambios en los recursos que poseen, así como de las modificaciones existentes en la estructura de oportunidades. El autor advierte también sobre la necesidad de establecer un diálogo permanente entre las condiciones específicas de los hogares y las características macro que determinan las posibilidades de acceso a la estructura de oportunidades.

Para Kaztman y Filgueira (1999) existen tres factores principales que definen e inciden en el comportamiento de la estructura de oportunidades de las sociedades actuales. El primero de ellos tiene que ver con el rol que el mercado juega en la posibilidad de enrutarse exitosamente en el acceso a mejores condiciones de vida; sin embargo, la situación actual de desempleo y la precarización del mismo, han generado una brecha creciente entre el papel central que juega el mercado y las posibilidades reales de éste para ofertar empleos que permitan la movilidad social ascendente de los individuos. Un segundo factor tiene que ver con el debilitamiento de instituciones tales como la familia y la comunidad. El papel que desempeñaban las redes familiares y vecinales en la búsqueda de la integración social y la sobrevivencia se ha deteriorado enormemente en los últimos años; diversos autores como Bazán (1998), González de la Rocha (1999a) y Estrada (s/f) han dado cuenta de esta situación. El tercer factor que influye de manera determinante en la definición de la estructura de oportunidades es el Estado, éste ha debilitado en los últimos años su función de protección y seguridad social; se ha buscado delegar en el mercado y en la sociedad en general la procuración de bienestar y de mejores condiciones de vida. Las políticas sociales han perdido en muchos casos su vertiente universal y se han reducido al diseño de políticas focalizadas que no han podido responder al fenómeno de movilidad social descendente que impera en diversas regiones del mundo actual.

Kaztman y Filgueira (1999) proponen una clasificación de los hogares de acuerdo con el nivel de vulnerabilidad de los mismos; esta categorización surge del análisis en términos cuantitativos y cualitativos de los activos existentes en los hogares, así como de los pasivos encontrados:

a) Los vulnerables a la marginalidad. En este grupo se encuentran los individuos y los hogares que han sido rebasados en sus capacidades para insertarse mínimamente en la estructura de oportunidades. La desesperanza (relación frustrada entre esfuerzos-logros), la falta de recursos, la ausencia de respuesta institucional y el deterioro del tejido social han generado condiciones de pobreza extrema donde la lucha por la supervivencia cotidiana es la tarea fundamental.

b) Los vulnerables a la pobreza. Este grupo de hogares e individuos se encuentra en la zona fronteriza que lleva a la exclusión y a la vulnerabilidad extrema. La apuesta central de los individuos descansa en la conservación del trabajo, aun cuando los salarios sean bajos y en la capacitación de los miembros del hogar para una mejor inserción en la estructura de oportunidades en un futuro no muy lejano. En este sector de la población el Estado juega un papel fundamental en el apoyo de la infraestructura básica de servicios para evitar el repliegue de los hogares y la consecuente movilidad descendente.

c) Los vulnerables a la exclusión de la modernidad. En este grupo se encuentra la población joven que tiene la posibilidad de incorporar los activos que le permitan acceder a la cadena de oportunidades y, en su caso, enrutarse con éxito de acuerdo con las demandas actuales del mercado en un contexto globalizado.

Sobre el concepto de recursos y capacidades, Kaztman y Filgueira (1999) se refiere a ellos como elementos centrales del capital humano (conocimientos, destrezas, aptitudes, orientaciones valorativas, etc.) y busca abordarlos en su carácter dinámico entendiendo que un recurso puede ser también una capacidad de acuerdo con la posición que ocupa en un momento determinado en la generación y acumulación de activos. Las estrategias son entendidas como las maneras específicas en que se relacionan y articulan los recursos para la consecución de una meta. Este ejercicio de cálculo y de ensayo sobre las diversas posibilidades de combinación de recursos y la posterior toma de decisiones, debe ser analizada a partir del papel que juega cada uno de los miembros del hogar. Este análisis, según el autor, permitiría explorar la relación existente entre la estrategia ejecutada por el hogar y la estrategia óptima que este tipo de organización doméstica podría llevar a cabo. La tarea fundamental descansa en el reconocimiento de aquellos activos que tienen sentido e impacto en la estructura de oportunidades existente en la sociedad en estudio; de esta manera se dejarían a un lado aquellos recursos que en el momento actual no tienen un efecto sobre la posibilidad de integración y movilidad social.

Las aportaciones que se derivan de los enfoques descritos reflejan la preocupación de los autores por encontrar un marco conceptual que tenga la capacidad analítica suficiente para fundamentar críticamente las metodologías empleadas en el análisis de la vulnerabilidad social. Las aportaciones muestran más un desenlace convergente que divergente. En este sentido, considero que el enfoque sobre las estrategias de sobrevivencia se complementa y enriquece con las nuevas propuestas que toman como punto de partida el análisis de los factores que inciden en la mayor o menor vulnerabilidad de los hogares. Existen sin embargo, diferencias significativas que plantean la

importancia de reconocer aquellas estrategias que responden a la lucha cotidiana cuando se vive en pobreza y aquellas estrategias que se originan ante cambios económicos, sociales y políticos mayores, que implican la intensificación de los mecanismos de sobrevivencia anteriormente utilizados o bien, la generación de nuevas rutas de acción. El enfoque propuesto por Moser (1996) sí relaciona explícitamente los efectos de la utilización de ciertos recursos de los hogares y no otros, para una mayor integración social y una menor vulnerabilidad social. El mapa conceptual que construye la autora y los diversos indicadores que toma en cuenta para la evaluación de cada una de las categorías de "activos-vulnerabilidad", implica el escudriñamiento de aquellas respuestas domésticas que permiten a los hogares transitar con mayor o menor éxito en la búsqueda de mejores condiciones de vida.

En el caso de Kaztman y Filgueira (1999) el enlace que propone entre activos-vulnerabilidad y estructura de oportunidades parece sugerente; sin embargo, el planteamiento resulta un tanto mecanicista: en la búsqueda que el autor emprende por entender las raíces profundas de la vulnerabilidad social, crea analogías sobre la sociedad en su totalidad como una especie de artefacto compuesto por engranajes y rutas casi perfectamente delimitadas que determinan las posibilidades de inserción y acceso a nuevas oportunidades a través del escalonamiento ascendente. Aun cuando estas analogías son claras en su discurso, la realidad de un fenómeno tan complejo como la pobreza, demanda lecturas y análisis múltiples que rebasan el andamiaje conceptual expuesto por el autor. Por otra parte, los criterios de definición acerca de los activos, los pasivos, los recursos y las capacidades, plantean también fronteras difusas que pueden dar lugar a la confusión y a la incorporación indiscriminada de la información. El aporte central de este autor es la intención clara y fundamentada de establecer un diálogo crítico e imprescindible entre las capacidades de los hogares y las estructuras de oportunidades existentes en una sociedad dada, sin olvidar que estas estructuras son dinámicas y manifiestan variaciones importantes a lo largo del tiempo y de los cambios mayores que ocurren en el entorno.

Por otra parte, los modelos explicativos expuestos tocan de manera periférica un asunto que considero crucial en el entendimiento de la pobreza y del comportamiento de los sujetos que la padecen. Me refiero al componente subjetivo que yace en el interior de las rutas de acción elegidas por los pobres urbanos y que determina sustantivamente las posibilidades de acceso a mejores condiciones de vida.

Moser (1996) advierte sobre las repercusiones que los cambios sociales y económicos tienen en el nivel de incertidumbre que experimentan los pobres, así como en la percepción que desarrollan sobre sí mismos. Kaztman y Filgueira

(1999) señalan la incidencia de hogares “vulnerables a la marginalidad” donde la sensación de desesperanza y de frustración adquieren un papel predominante. Las apreciaciones de ambos autores muestran una veta de investigación fundamental para el entendimiento de la vulnerabilidad social, que necesita ser trabajada con mayor profundidad y con estrategias metodológicas que privilegien el encuentro con el mundo de significados que los pobres construyen cotidianamente en el entramado de sus relaciones familiares y comunitarias. El estudio de las subjetividades no puede obviarse cuando buscamos comprender los procesos dinámicos y cambiantes del fenómeno de la vulnerabilidad social y del papel que juega el acceso al trabajo en la lucha por la sobrevivencia.

La pobreza adquiere matices cualitativamente diferentes cuando son los propios sujetos sociales quienes la definen y significan. Explorar las categorías socioculturales en torno a la pobreza implica acercarse a las cadenas de significados que los sujetos sociales construyen en un grupo social determinado. Para ellos existen diferencias y límites claros entre categorías tales como “miseria”, “hambre” y “pobreza” que deben ser analizadas.

Entender la pobreza a partir de la dimensión subjetiva permite abonar insumos a las causas que la producen y a las múltiples repercusiones que origina. Es también una vía fértil para conocer y desentrañar a partir de la posición que el sujeto asume sobre su condición, las múltiples respuestas que desarrolla para combatir la escasez de recursos y la precariedad, así como el determinante papel que juega el acceso al trabajo en la lucha por la subsistencia. Los pobres urbanos son sujetos activos que elaboran lecturas diversas acerca de los acontecimientos económicos y sociales mayores, así como de los sucesos micro que tienen lugar en su entorno social inmediato. Estas lecturas son enriquecidas por los procesos de asociación y organización (formales o informales) entre hombres y mujeres que viven condiciones socioeconómicas similares y que promueven un diálogo intersubjetivo que se traduce finalmente en posibles líneas y planes de acción para el combate a la pobreza.

La pobreza es actualmente un fenómeno con infinitud de rostros. Las explicaciones generadas en décadas anteriores han sido rebasadas por una realidad cambiante que avanza vertiginosamente y abre nuevas interrogantes ante un contexto globalizado y excluyente. Los pobres urbanos del presente siglo cargan consigo las historias de pobreza de aquellos que les precedieron; sin embargo, no se trata de un asunto meramente acumulativo de desventajas y falta de recursos, se trata más bien de un fenómeno estructural que rompe con las posibilidades de vida y de desarrollo para muchos individuos y comunidades.

La inversión en capital humano no garantiza de ninguna manera nuevas y

mejores formas de inserción en la estructura de oportunidades. Los pobres urbanos han quedado al margen de los juegos del mercado y desprovistos de una política social frontal e integral que asegure su supervivencia y su desarrollo.

2.3. Las estrategias de los hogares pobres: una mirada a la situación actual

Los hallazgos más importantes encontrados por Moser (1996), Roberts (1995), González de la Rocha (1999b), Kaztman (1999), Zaffaroni (1999) y Selby *et al* (1994), entre otros, señalan las respuestas de enfrentamiento a la pobreza que en la actualidad prevalecen en los hogares pobres.

Para Moser (1996), el *trabajo* es el recurso más importante que utilizan los hogares pobres para hacer frente a su situación, esto implica la incorporación de nuevos miembros de la unidad doméstica al mercado laboral siendo principalmente las mujeres y en segundo lugar los niños. González de la Rocha (1999b) enfatiza que en la manifestación actual de la pobreza, el trabajo no es uno más de los recursos con los que cuentan los pobres, sino "el recurso" más importante para sobrevivir. Además, señala que la transformación del trabajo en un recurso depende de las alternativas ofrecidas para los pobres en las estructuras de oportunidades de cada país. La autora argumenta que en la actualidad los salarios obtenidos en el mercado laboral no pueden ser substituidos por las estrategias de autoabastecimiento y de producción de subsistencia.

Respecto al incremento del trabajo femenino como estrategia de supervivencia utilizada por la mayoría de los hogares pobres, Chant (1996) en coincidencia con Roberts (1995) y Moser (1996), advierte acerca de las implicaciones que esta actividad está teniendo en la condición de vida de muchas mujeres. Las dobles y triples jornadas se han intensificado, las aportaciones de las mujeres no se ven acompañadas en muchos de los casos por una mayor participación económica de los hombres; lejos de ello, muchas mujeres viven en la actualidad situaciones de violencia y conflicto producto de los costos sociales de su participación económica para la supervivencia del grupo doméstico. La incorporación de la mujer en el mercado laboral está generando en la actualidad ajustes importantes en la dinámica familiar que deben ser estudiados a profundidad.

Esteinou (1994), al igual que Moser (1996), Kaztman y Filgueira (1999) y Vite (1999), aborda el debilitamiento del Estado Benefactor y el decremento en apoyos referentes a infraestructura económica y social experimentados en los últimos años, y describe que es justo cuando la mujer incrementa significativamente su participación económica ante el deterioro en las condiciones de vida, cuando el Estado Benefactor reduce sus funciones y apoyos a los hogares, afectando principalmente a aquellos que se encuentran en

desventaja socioeconómica:

...a la familia, y en particular a las mujeres, les son delegados y devueltos como sede 'natural' precisamente aquellos servicios a las personas que serían más costosos si el Estado los asumiese, o accesibles con fuertes desigualdades si se les dejase al libre juego del mercado (...) de esta forma, a la familia se le atribuye la función de juntar y distribuir los diversos tipos de servicios disponibles, puesto que se espera que sea flexible y adaptable, característica que los aparatos públicos y el mercado no pueden garantizar (1994: 103).

Chiarello (1994) y Mingione (1994) estudian el papel que juega el trabajo informal como estrategia de sobrevivencia en los sectores empobrecidos de la población italiana. Ambos autores enfatizan el papel que la mujer juega en el desarrollo de actividades informales que generan ingreso a los hogares; sin embargo, mientras que el primer autor privilegia las bondades de la economía informal asentada en la supuesta y cuestionada efectividad de las redes sociales de ayuda e intercambio recíproco, el segundo autor advierte acerca de las implicaciones, los costos sociales y las desventajas del trabajo informal (subterráneo) en contextos de pobreza: las unidades domésticas de estructura nuclear y de tamaño reducido, que han aumentado considerablemente en los últimos años, presentan mayores dificultades para insertarse en la economía informal de manera exitosa. En este sentido, la informalidad no es en muchos casos una estrategia elegida por los hogares pobres, sino una situación forzada ante la falta de oportunidades para acceder a la economía formal.

La *vivienda* es también un recurso importante que utilizan los pobres de diversas maneras cuando la situación económica se vuelve más crítica e incierta. Moser (1996) y Chant (1996) analizan detalladamente las diversas formas en que la utilización de la vivienda, cuando ésta es propia, puede significar una fuente de recursos importante. La mayoría de las transacciones en torno a la vivienda, sea rentada, prestada, cedida, compartida, ampliada, redistribuida o vendida parcialmente, implican negociaciones no formales que establecen los pobres con su entorno cercano, sea familiar o vecinal y que les permiten allegarse de recursos para mantener o mejorar sus condiciones de vida. En este sentido, las autoras señalan la importancia del diseño de un marco legal que permita agilizar y respaldar estos mecanismos de sobrevivencia utilizados por los pobres.

Los *cambios en la estructura familiar* son otra estrategia utilizada por los hogares empobrecidos. Moser (1996) señala al respecto que las modificaciones en la estructura de los hogares para fortalecer las redes de apoyo son

resultado de la condición de vulnerabilidad existente y, al mismo tiempo, son una estrategia para reducir la vulnerabilidad. La autora enfatiza la respuesta de los hogares en su composición y funcionamiento ante los cambios económicos mayores a los que se ven expuestos. Cuestiona, al igual que González de la Rocha (1999c) y Chant (1988 y 1997), la relación causal entre hogares de jefatura femenina y pobreza. Moser (1996), a diferencia de Selby *et al* (1994), señala que en la actualidad las unidades extensas se encuentran en condiciones de mayor vulnerabilidad debido al incremento de dependientes y a los bajos ingresos que en su totalidad obtiene el grupo doméstico. Diversos autores como González de la Rocha (1994), Roberts (1995), Zaffaroni (1999) y Kaztman y Filgueira (1999), entre otros, señalan la importancia de analizar el papel que juega el ciclo doméstico en el tipo de respuestas elaboradas por los hogares para enfrentar la pobreza. Diversas investigaciones (González de la Rocha, 1986; González de la Rocha y Escobar, 1999; Acosta, 1998) señalan que la etapa de expansión de los hogares y las tareas que demanda, se encuentra íntimamente asociada con condiciones de mayor vulnerabilidad social y económica.

Por último, diversos autores como Zaffaroni (1999), Moser (1996), Kaztman y Filgueira (1999) y Roberts (1995), entre otros, cuestionan la capacidad y eficacia de las *redes sociales* y de ayuda mutua para hacer frente a la adversidad. Para González de la Rocha (1999a) el cuestionamiento central consiste en analizar la capacidad permanente de las redes sociales para enfrentar las dificultades económicas. Los bajos salarios, el desempleo y el empleo precario erosionan las posibilidades de los pobres para mantener su pertenencia y actividad en las redes de intercambio recíproco y ayuda mutua. De igual manera, la erosión en las relaciones sociales debida a las situaciones de inseguridad, de corrupción y de desconfianza que se viven cotidianamente en amplios sectores de la población, han mermado significativamente las posibilidades de reciprocidad entre los individuos y los hogares. Finalmente, es necesario comprender que así como existen grupos sociales donde las redes sociales, como estrategia de sobrevivencia, permanecen y se consolidan, existen otros grupos sociales que actualmente marcan una tendencia importante y en aumento, donde las redes sociales han sufrido un proceso agudo y acumulativo de deterioro que lleva a condiciones de aislamiento social y desafiliación social, donde el retorno hacia el bienestar y la integración social no pueden ser garantizados.

Las investigaciones revisadas muestran avances importantes en el análisis de los comportamientos domésticos cuando se busca mitigar los estragos de la pobreza. Existen sin embargo, nuevas interrogantes que no pueden ser respondidas completamente con explicaciones encontradas años atrás. Las ma-

nifestaciones actuales de la pobreza urbana en nuestro país van mucho más allá de la ausencia de servicios, la escasez de empleo, la falta de infraestructura y la exclusión en cuanto a seguridad y protección social; se trata de un asunto que atenta de manera frontal a la posibilidad de alimentarse mínimamente. El discurso del hambre no es hoy un tema ajeno a la realidad que viven muchos hogares pobres de nuestras ciudades. Explorar los significados que actualmente construyen los pobres urbanos en torno a su condición, es encontrarse una y otra vez con el hambre como la definición más precisa de la pobreza. Las estrategias domésticas para el acceso y consumo de alimentos han presentado modificaciones alarmantes en los últimos años, los pobres han tachado de sus listas alimentos básicos y han substituido muchos de ellos por frijol y tortillas. En muchos hogares se realiza únicamente una comida al día que varía en tiempos y horarios de acuerdo con los ingresos logrados en ese día. Entender los estragos de la pobreza extrema significa reconocer la posición de muchas familias mexicanas en el primer peldaño de la subsistencia: el acceso al alimento.

Cuando un hogar pobre "sobrevive del trabajo informal", queda desprovisto de casi todo. Son los ajustes y múltiples restricciones al deteriorado presupuesto familiar, las estrategias principales que muchas familias desarrollan actualmente. Es necesario entonces conocer con mayor precisión lo que significa hoy "apretarse el cinturón", "ir al día", "salir al trote", etcétera. Aportar al entendimiento de estas prácticas restrictivas en el ámbito doméstico significa tocar los límites quebrantados de la sobrevivencia familiar.

Un elemento que merece especial atención es el deterioro en el tejido social que enfrentan muchas poblaciones pobres en nuestro país. Los procesos de desintegración social deben ser analizados a la luz de los múltiples frentes que implica ser pobre y vivir en la ciudad: el acceso a empleos precarios, la inseguridad cotidiana, la desconfianza urbana, la segregación residencial, la falta de protección por parte del Estado y la falta de recursos para salvaguardar lo poco que se tiene, entre muchos otros.

Finalmente, la pobreza no sólo ha aumentado cuantitativamente sino que ha diversificado sus modos de expresión. Entender este fenómeno implica entonces un esfuerzo por construir diálogos que rompan con las barreras disciplinares y que incluyan intencionadamente a cada uno de los distintos actores sociales involucrados. Para Amartya Sen (en Vite, 1999) la construcción del bienestar y el combate a la pobreza no dependen únicamente de la cantidad de bienes sino de la actividad por la cual son adquiridos. Las oportunidades o capacidades dependen del salario pero también de otros factores como la educación, la salud y la nutrición.

3. TRABAJO FEMENINO Y CONTEXTO FAMILIAR: CASO COLONIA LAS FLORES

Para analizar la participación económica de las sesenta mujeres pobres urbanas¹ que conforman este estudio, se clasificó de manera inductiva la evidencia en las siguientes categorías ocupacionales que permiten explorar con detalle las diversas formas en que las mujeres obtienen recursos económicos, ya sea en el mercado formal o informal de trabajo, así como aquellas mujeres que se dedican exclusivamente al hogar y al cuidado de los hijos.

- Trabajo doméstico: mujeres madres que se dedican únicamente a los quehaceres del hogar y al cuidado de los hijos.
- Trabajo formal: actividades fijas con regularidad en el horario y los ingresos, bajo contrato y con prestaciones.
- Trabajo informal: actividades realizadas de manera independiente con variabilidad en los ingresos y horarios y sin contrato ni prestaciones. Dentro de esta categoría se encuentran actividades económicas principales y secundarias, las primeras se refieren a aquellos trabajos con mayor regularidad en el tiempo (alrededor de ocho horas diarias) y en el espacio; las actividades secundarias son aquellas que se realizan en tiempos menores e irregulares desarrolladas por lo general en la propia casa y percibidas por las mujeres como “una ayuda económica” al hogar a través de pequeñas entradas.

De la muestra total que incluye sesenta casos, se encontró que el 56.7% (34 casos) de las mujeres realiza algún tipo de actividad económica y el 43.3% (24 casos) restante de las mujeres se dedica exclusivamente al quehacer del hogar y al cuidado de los hijos. De las 34 mujeres que trabajan, el 36.11% (13 casos) son las responsables económicas principales de sus hogares.

Con la intención de profundizar en las características laborales de las mujeres encuestadas, se presenta a continuación el comportamiento de la muestra tomando en cuenta los distintos tipos de categorías ocupacionales propuestos, así como las características de los arreglos familiares a los cuales pertenecen las mujeres encuestadas. El trabajo femenino como estrategia de sobrevivencia necesita ser analizado a la luz de las dinámicas domésticas existentes. En este sentido, la estructura familiar y la fase del ciclo doméstico por la cual atraviesa el hogar al que pertenece cada una de las mujeres encuestadas, son dos elementos contextuales que potencian significativamente las posibilidades explicativas del comportamiento laboral de la muestra elegida.

¹ El total de las mujeres entrevistadas residen en la colonia Las Flores, asentamiento irregular ubicado en la periferia de la zona metropolitana de Guadalajara, Jalisco.

El análisis de cada una de las categorías ocupacionales a la luz de los distintos escenarios familiares a los cuales pertenecen las mujeres entrevistadas, nos permite llegar a los siguientes comentarios:

El trabajo extradoméstico femenino en los hogares pobres urbanos forma parte de las estrategias familiares desarrolladas para amortiguar el impacto de los bajos salarios sobre el nivel y la calidad de vida (Ariza y Oliveira, 2001). La participación económica de las mujeres se ha sumado a las cargas domésticas cotidianas y al cuidado de los hijos, además de la inversión en tiempo y esfuerzo para el mantenimiento de las redes sociales y la participación para la gestión de servicios y equipamiento urbano. Estas demandas rebasan los recursos tanto materiales como sociales con que cuentan las mujeres para cubrirlas satisfactoriamente. Además, la literatura muestra que el incremento en la participación femenina económica no ha significado un mayor involucramiento de los hombres en las tareas reproductivas del hogar (Benería y Roldán, 1992, y Oliveira y Ariza, 2000).

La información analizada señala que aun cuando casi el 60% de las mujeres encuestadas realiza algún tipo de actividad económica, las formas de insertarse en el mercado presentan particularidades importantes. En primer lugar, el trabajo formal femenino como respuesta ante la estrechez económica es bastante bajo en este tipo de población, los requerimientos para lograr la inclusión en este sector del mercado, demandan cierto nivel de calificación y sobre todo mayor rigidez en horario, espacios distantes, turnos cambiantes, etcétera. Tenemos únicamente cuatro mujeres que han logrado mantenerse en un empleo formal, la mayoría de ellas proviene de unidades nucleares que se encuentran en fase de expansión. La pregunta es ¿cómo han logrado estas mujeres trabajar en empleos formales al provenir de contextos familiares que aparentemente no propician la respuesta laboral femenina? La etnografía me ha permitido constatar la presencia de algunos casos donde se vislumbran nuevos comportamientos familiares que aun cuando salen de la norma, señalan tendencias interesantes que quedan fuera de alcance de los estudios de corte cuantitativo. La respuesta se centra en relaciones de mayor cooperación, solidaridad y apoyo tanto entre cónyuges como entre los hijos y los padres. Se trata de mujeres jóvenes con pocos hijos (uno o dos) que han logrado una distribución más equitativa de las tareas domésticas y del cuidado de los hijos.

Trabajar en el sector formal implica para las mujeres pobres urbanas resolver múltiples obstáculos. Estas mujeres han logrado negociar con sus parejas los tiempos domésticos y los tiempos laborales de cada uno; un factor determinante es que en los casos revisados, los cónyuges trabajan en el sector informal lo cual permite, no de manera automática, mayor flexibilidad para

apoyar en el ámbito doméstico (Cerrutti y Zenteno, 2000). Además, varias de las mujeres cuentan con el apoyo de sus hombres para ser recibidas y acompañadas hasta casa cuando llegan por la noche a la colonia.

El espacio público en las colonias periféricas pobres presenta en la actualidad una marcada diferenciación por género y edad. Las calles se masculinizan por las noches y son tomadas sobre todo por hombres jóvenes que se reúnen fuera de sus viviendas. La inseguridad y el peligro repliegan a las mujeres y a los niños hacia el interior de sus hogares. Por ello, contar con la pareja "en la parada del camión" se vuelve indispensable. Hombre y mujer se turnan en el cuidado de los hijos y aun cuando es ella quien se encarga principalmente de preparar los alimentos y arreglar la casa, él cuida de los niños mientras la mujer regresa. Estos casos, evidentemente escasos, muestran comportamientos domésticos alternativos cuando es la mujer quien logra un empleo formal y es ella quien atrae los ingresos principales al hogar.

El hecho de que estas prácticas se presenten en hogares en expansión puede reflejar nuevas formas de negociación entre hombres y mujeres jóvenes que permiten con mayor armonía hacer frente a las demandas de la vida cotidiana. Sin embargo, es importante también señalar que las respuestas que han logrado estos hogares han sido únicamente a partir de los recursos que las relaciones familiares nucleares ofrecen. En ninguno de los casos observados se cuenta con apoyo sustantivo de otros parientes o de vecinos; esta condición vulnerabiliza a las familias y puede llegar a agotar sus recursos (Bazán y Estrada, 1998, y Bazán, 1998).

El trabajo informal representa sin lugar a dudas la respuesta femenina más importante ante las dificultades económicas cuando se es pobre y se vive en la ciudad. En una primera lectura los datos nos muestran que el 85% de las mujeres que trabajan en Las Flores lo hacen en el sector informal y pertenecen a hogares distribuidos homogéneamente en las distintas fases del ciclo doméstico. Sin embargo, una segunda mirada permite observar marcas cualitativas importantes. El trabajo informal que implica la realización de actividades de ocho horas o más y que se realiza fuera del domicilio, como es el caso de las empleadas domésticas, concentra en su mayoría a mujeres que pertenecen a hogares en consolidación y en dispersión. De igual manera, aquellas mujeres que realizan actividades principales y además actividades secundarias, son mujeres en fases avanzadas del ciclo doméstico.

Las mujeres en hogares en expansión realizan prioritariamente trabajos secundarios y en el domicilio o en espacios cercanos a éste, además los ingresos que obtienen son significativamente más bajos que en el resto de las categorías ocupacionales analizadas. Esta diferenciación en cuanto a caracterización del trabajo femenino informal y ciclo doméstico corrobora

los hallazgos encontrados por diversos autores (González de la Rocha, 1986 y 1994; González de la Rocha y Escobar, 1999; Roberts, 1995; Zaffaroni, 1999, y Oliveira y Ariza, 2000, entre otros) sobre una mayor participación económica femenina en fases avanzadas del ciclo doméstico.

La evidencia muestra un comportamiento diferente acerca de la influencia del tipo de estructura familiar en la respuesta laboral femenina. La presencia de configuraciones familiares extensas como espacios sociales propicios para la salida de las madres al mundo laboral no es relevante en la muestra estudiada. Nos encontramos más bien con un evidente proceso de nuclearización de los hogares (Bazán, 1998) donde la respuesta laboral femenina se desarrolla precisamente en contextos familiares con menos recursos sociales y humanos para enfrentar la precariedad. La conformación de estructuras familiares extensas como respuesta o efecto ante la búsqueda de la sobrevivencia (González de la Rocha, 1986, y Selby *et al* 1994) no es un comportamiento central en la población pobre urbana estudiada.

De igual manera, la tesis que plantea al trabajo informal como una de las estrategias más eficaces en la población pobre, debido a la alta densidad de las redes sociales y a la prevalencia de familias con estructura extensa (Chiarello, 1994), no encuentra sustento suficiente en los comportamientos de los pobres urbanos en la actualidad. Se trata más bien, como plantea Mingione (1994) de hogares predominantemente nucleares y con redes sociales insuficientes para insertarse eficazmente en la economía informal, ya de por sí saturada desde hace varios años (Escobar, 2001) en el contexto urbano mexicano. Sin embargo, los datos indican también que los ingresos que obtienen las mujeres que cuentan con un trabajo principal informal, son levemente mayores que los ingresos que obtienen las mujeres que se emplean en trabajos formales. Aparentemente, el trabajo informal precario puede ser todavía una alternativa en la búsqueda de la sobrevivencia a pesar del nivel de saturación en el que se encuentra actualmente. Esta observación debe ser matizada por la propia diversidad de condiciones en que se presenta el trabajo informal en la población pobre urbana. Un ejemplo exitoso de economía informal se encuentra en las familias de "tiangueros" que han logrado elevar sus ingresos significativamente; sin embargo, la mayoría de los casos refleja más bien actividades precarias de subsistencia dentro de la economía informal.

El trabajo informal femenino es ante todo una respuesta de sobrevivencia cuando se vive en condiciones de pobreza extrema. Entender los cambios y transformaciones que se gestan en la relación con los grupos domésticos pobres y el sector informal de empleo, implica un acercamiento cualitativo al tema.

4. VOCES FEMENINAS: UN ACERCAMIENTO CUALITATIVO A LA EXPERIENCIA LABORAL

Con la finalidad de ir más allá en la discusión sobre participación económica femenina y contexto familiar, decidí problematizar la información a partir del trabajo etnográfico realizado y del análisis de las entrevistas en profundidad de enfoque biográfico, desarrolladas con quince mujeres de la población estudiada.

Con el objetivo de profundizar en el material cualitativo recogido en cada uno de los relatos laborales y después de analizar inductivamente los contenidos existentes, decidí clasificar los quince casos de acuerdo con la presencia o ausencia de la pareja (mujeres unidas y no unidas) y a la respuesta económica femenina. Trabajé de manera separada a aquellas mujeres que están unidas y que son las responsables económicas principales de sus hogares. Este esquema de categorización me permitió una mayor discriminación en cuanto a la distribución de los casos y su potencialidad analítica para aportar insumos al entendimiento del comportamiento laboral femenino en contextos de pobreza urbana.

4.1. Primer grupo: mujeres no unidas y participación económica

En este primer grupo contamos a cuatro mujeres sin pareja, dos de ellas son viudas: doña Mary y Malena, y las otras dos están separadas: Mónica y Maricela. En tres de los cuatro casos estamos hablando de hogares unipersonales en la actualidad. A continuación se presenta el relato laboral de Mónica que muestra de manera elocuente las múltiples formas en que el trabajo extradoméstico se entrecruza con las demandas del hogar.

Los dilemas laborales y domésticos de una mujer separada: el caso de Mónica

Mónica es originaria de Jalostotitlán, Jalisco. Tiene 49 años y lleva 23 años viviendo en Guadalajara. Después de más de 25 años de matrimonio, Mónica se separó hace ocho años de su esposo debido a infidelidades recurrentes por parte de él. La separación marcó para Mónica el inicio de su vida laboral y la toma de una serie de decisiones que han implicado costos importantes en su vida y en su bienestar. Mónica tuvo con su pareja ocho hijos y actualmente tiene únicamente dos vivos, uno es mayor de edad y está casado, la otra es una niña de nueve años. Mónica vive sola desde hace ocho años en la colonia Las Flores. Su relato muestra la forma en que se entretienen los hilos laborales y domésticos en la lucha por la supervivencia tanto material como social y emocional...

Cuando me separé de Germán, a los cuarenta años, fue cuando comencé a trabajar. Me metí a trabajar a unas oficinas, primero me metí a trabajar a una fonda nomás un día, porque Germán (su expareja) fue y asustó al señor (al dueño de la fondita); me metí a una fondita que está por la 8 de Julio, ahí me metí yo a lavar trastes, entonces cuando yo llegué a la casa (ese día), él (Germán) llegó a la casa, la niña apenas había ajustado su año, y llegó él y pues estaban mis hijos solos, entonces ya llegó él y le preguntó a uno de mis hijos: “¿dónde está tu mamá?” y le dijeron: “se fue a trabajar”, “¿a dónde?”, “pues que a la 8 de Julio”. Llegó mi muchacho el más grande (a la fondita), lo mandó Germán: “dile a tu mamá que se venga, y dile al señor que si le sigue dando trabajo a tu mamá, que voy a ir a matarlo”, pues ya al otro día fui y ya no me quiso dar trabajo. Y luego ya después yo dije: “yo me voy a ir a trabajar, al fin que mis hijos ya están grandecitos (iniciando la adolescencia), la niña (de un año) como quiera la mantego”. Él me decía que si lo dejaba me iba a morir de hambre porque no estaba acostumbrada a trabajar, yo solté la carcajada, le dije: “yo no estoy mocha, todavía tengo pies y manos para trabajar”.

Entonces, pues ya me dice Elsa, una amiga que vive pa'cá arriba: “¡¡deveras, necesitan una ahí en las oficinas!!”, (Mónica): “¿Cuánto pagan?” “Pues lo que hagas, las horas que hagas, si quieres vamos.” “Vamos”. Y nomás él seguía (Germán)... iba y venía un día o dos a dejarme el dinero y se iba. Entonces me metí a trabajar, esa semana todavía le agarré dinero, le recibí el dinero, ya a la otra semana no, porque yo ya había rayado, entonces ya cuando llegó que me da dinero y se lo aventé y ya no quise, y le dije: “Ya no quiero dinero porque ya estoy trabajando y no te necesito para nada, te voy a demostrar que no me voy a morir de hambre, como tú dijiste”, él me contestó: “no, pero que la niña...”, y le dije yo: “La niña debajo del brazo la mantego yo, si los pájaros se mantienen cuantimás yo que tengo manos”, y dos tres veces me fue a dejar dinero y yo no le recibí nada, dos veces se lo rompí y ya le dije: “Si tú vienes aquí, a parar a la casa, te voy a matar, ya sabes que sí me animo”, una vez le di un piquete, jamás se volvió a parar; santo remedio...

...Y a mí se me hizo bien trabajar porque dije: “Ahora sí, no hay ni quien me diga ¿en qué lo gastaste o qué le hiciste?”... nomás que no me alcanzaba, pues porque le empecé a echar duro (a la bebida), no me alcanzaba y luego los gastos de que me cuidaran a la niña. Y es que en cuanto a dinero, no pos estaba mejor con Germán porque yo no trabajaba, a mí no me costaba trabajo, y acá... si iba a trabajar sacaba dinero y si no iba a trabajar no sacaba dinero, tenía que apurarme yo, y antes el que se apuraba era Germán, él sabría, vea...

...Ya luego se me complicaron las cosas porque yo tenía que irme a trabajar, porque yo trabajaba en una oficina (haciendo la limpieza), y comencé a dejar a mi niña allá con unas amigas de la Lázaro Cárdenas..., yo vivía aquí (en Las Flores) y como yo me tenía que ir a trabajar, y como donde la dejaba tenían muchos niños, yo dije: “no le vayan a hacer algo a la niña”..., y yo decía: “no, qué tal si un chiquillo por travesura le hace algo, ¡no!, no es justo que ella pague las consecuencias teniendo a su padre”; entonces yo por eso no podía tenerla conmigo, porque como

trabajaba, ¿qué hacía yo con la niña? Y mi muchacho (uno de sus hijos) me decía: “mira ma’, la niña no es bueno que la deje en casas, ya la llevó a una casa y ya vio”, porque regresaba siempre mugrosita, sucia de la ropa..., yo siempre la traje bien arregladita, yo de todos modos les pagaba para que me la cuidaran, y ya llego yo un día de trabajar y ya me habían comentado que un niño ya había abusado de una niña, entonces dije: “¿qué hago?”, entonces ya le dije a mi hijo: “¿sabes qué?, llévale a la niña a tu papá”, y me dicé él: “¡mamá, desde cuándo le decía yo!” y ahí las vecinas también me decían: “mira Mónica, pues aquí la niña es la que va a pagar todo, tú no puedes con ella, tú puedes trabajar para sacarla adelante, para sostenerla, pero para cuidarla no”, entonces ya llegué de trabajar y con todo el dolor de mi corazón le arreglé en una mochila su ropa y le dije a mi hijo: “¡llévatela!” y ya hablé yo con él (su expareja, padre de la niña) y le dije: “mira, te mando a la niña, por esto y esto... y dijo él: “ey, está bien, cuando la quieras ver, llámame, yo te la llevo”... (entrevistas a profundidad, Mónica, 1998.)

Finalmente Mónica entregó a la niña a su padre y desde entonces la ve regularmente una o dos veces al mes. Mónica continuó trabajando durante varios años en el aseo de oficinas, posteriormente compró un local en el mercado de la colonia y desde entonces se dedica a la venta de cintas musicales, sus ingresos son irregulares, las ventas andan muy bajas y las mejores ganancias las obtiene durante los fines de semana. Después de la separación Mónica tuvo un periodo intenso de alcoholismo que duró más de seis años, posteriormente entró a un grupo de AA y lleva dos años de abstinencia. En los últimos meses la vida de Mónica ha dado un nuevo giro:

...El padre de Mónica que vivía en un pueblo en Los Altos de Jalisco fue a pasar unos días a un rancho con una de las hermanas de Mónica. Resulta que el señor se cayó de un caballo y a Mónica, quien es la única hija que vive en la ciudad (otra hermana vive en un rancho en el interior del estado y el resto vive en Los Angeles, EU), le tocó llevarlo al Hospital Civil, conseguir dinero para que le pusieran placas en la pierna y actualmente su padre está viviendo con ella, cosa que ha generado sentimientos encontrados en Mónica y que ha significado un reacomodo en sus relaciones interpersonales, en su tiempo laboral y en sus vínculos con los miembros de AA. Al parecer, el padre de Mónica permanecerá en casa de ella por tiempo indefinido.

Mónica comenta que con la situación de su papá ella ha tenido que hacer diversos ajustes:

Ha tenido que acudir a sus hermanas de Los Angeles a que den dinero para pagar los gastos médicos del padre. Las hermanas han enviado dinero en dos ocasiones: para la placa que le pusieron al papá y para una visita de seguimiento con el médico. Mónica se queja de que las hermanas habían quedado de estar mandando dinero periódicamente, pero no lo han cumplido. Ellas dicen tener

gastos allá con sus familias pero Mónica se molesta pues las hermanas están en mucho mejor posición económica que ella. Mónica comenta que las cosas no son parejas y que el padre es de todas, así que todas “deben de apechugar”...

En la cuestión económica Mónica ha tenido muchas dificultades, ha descuidado el local en el mercado por estar atendiendo al papá, después de darle de almorzar se va al local y llega retrasada, por las tardes pronto tiene que regresar a casa para atender al papá y acompañarlo. El padre se queja de que está solo y demanda mayor atención. (Diario de campo, julio-diciembre, 2000.)

A partir del relato laboral de Mónica y del análisis de los relatos de las otras tres mujeres que conforman este primer grupo,² elaboro las siguientes reflexiones. Las narrativas laborales reflejan una clara asociación entre las actividades femeninas desarrolladas y una evidente precariedad laboral. Ariza y Oliveira (2001) señalan la marcada sobrerrepresentación de las mujeres mexicanas en los trabajos desarrollados en condiciones más desfavorables. La inserción de las mujeres en el campo laboral está caracterizada por condiciones de segregación (alternativas restringidas), discriminación salarial (salarios distintos ante capacidades similares) y precariedad laboral (en cuanto al tipo de trabajo y la duración del mismo).

La acumulación de desventajas en términos de capital humano (Moser, 1996, y Kaztman y Filgueira, 1999) restringe las posibilidades de estas mujeres para insertarse mínimamente en la estructura de oportunidades de nuestra sociedad. El tipo de trabajo desarrollado por este grupo de mujeres, es en sí mismo un reflejo del proceso de exclusión laboral experimentado por ellas y sus familias a lo largo e sus vidas (Oliveira y Ariza, 2000). El trabajo informal femenino en contextos pobres urbanos significa sobre todo la prolongación de las tareas domésticas (estereotipadas como femeninas) más allá de las fronteras del espacio físico familiar. Actividades tales como lavar, planchar, coser, cocinar, limpiar y cuidar niños, son ejemplos claros del tipo de inserción laboral que logran las mujeres pobres urbanas.

Los relatos de doña Mary y de Mónica, dos mujeres que han buscado la subsistencia a través del comercio, muestran las tremendas dificultades enfrentadas cotidianamente para sacar adelante el negocio. El comercio informal desarrollado en el mercado de Las Flores no permite para la mayoría de los locatarios el abasto de insumos necesarios, el tener una mínima cantidad de dinero ahorrado para enfrentar gastos imprevistos, el lidiar con ventas intermitentes y el separar en lo posible la administración del negocio de la administración del hogar. Además, el caso de Malena, mujer viuda en un

² Por razones de espacio, incorporo en el texto únicamente uno de los relatos.

hogar en expansión y con el deseo de abrir una “tiendita” afuera de su vivienda, muestra las infranqueables dificultades para lograrlo cuando no se cuenta con una mínima inversión para iniciar la actividad y soportar los primeros tiempos de pocas ventas y escasa clientela. El trabajo informal implica también el acceso a recursos tanto materiales como sociales para que realmente traspase las fronteras de la subsistencia y pueda llegar a ser un proyecto de vida (Bazán y Estrada, 1998).

La incertidumbre económica (Moser, 1996) experimentada cotidianamente por cada una de las mujeres se encarna de formas distintas de acuerdo con el curso de vida y los eventos vitales acontecidos en la existencia (Ariza y Oliveira, 2001), así como de los distintos arreglos familiares a los cuales se pertenece (González de la Rocha, 1986 y 1994). La viudez de doña Mary (mujer anciana que vive sola) y de Malena (mujer joven con hijos pequeños) acontece en momentos diferentes de sus vidas y en ambos casos está relacionada con un deterioro mayor en las ya precarias condiciones de vida. Las posibilidades de subsistencia de doña Mary dependen básicamente de las relaciones de apoyo que pueda lograr a través de los vecinos y de uno de sus hijos. *Doña Mary es un ejemplo elocuente de las consecuencias que derivan de un Estado* que ha replegado enormemente sus funciones de seguridad y protección social, así como del debilitamiento y agotamiento de instituciones sociales como la familia y la comunidad en sus funciones de apoyo, solidaridad y reciprocidad (Kaztman, 1999 y Esteinou, 1994). La viudez de Malena vulnera las condiciones de vida de su familia y muestra las restringidas alternativas de subsistencia a las que ella puede acceder. Enviudar en etapas tempranas del ciclo doméstico sigue siendo hoy una combinación de circunstancias que cuestiona directamente las posibilidades de supervivencia (González de la Rocha, 1986, y Moser, 1996, entre otros).

Analizar las narrativas construidas por Maricela y Mónica (mujeres separadas) es entrar de lleno a los costos y beneficios de una separación de pareja cuando se vive en condiciones de pobreza extrema en la ciudad. Para Mónica, como muestra su relato laboral, la separación de pareja significó su entrada al mundo laboral y también, la entrega de su hija menor (de un año de edad) a su expareja, además de un periodo agudo de alcoholismo y la conformación a los pocos meses de un hogar unipersonal. Mónica experimentó el cambio abrupto de un hogar compuesto por varios miembros a un hogar unipersonal. La respuesta laboral de Mónica anuncia desde un inicio la fortaleza y el coraje con que enfrentó la necesidad de obtener recursos económicos y también los conflictos de poder vividos entre ella y su expareja en torno al dinero. Mónica ganó autonomía en su vida y a cambio perdió la posibilidad de apoyo económico por parte de su expareja. Ambas cosas jun-

tas resultaban antagónicas en el mapa sociocultural desde el cual Mónica leía su realidad de ese entonces. Ella ha logrado sobrevivir a través del aseo de oficinas y posteriormente de las escasas ganancias que obtiene de su puesto de casetes en el mercado de la colonia.

En el caso de Maricela, quien ha vivido más de una separación de pareja, la sobrevivencia de sus hijos significó darlos en crianza a su madre y responder activamente en el campo laboral para asegurar la subsistencia de los niños y de ella. La estrategia (si podemos llamarla así, al retomar las críticas al concepto planteadas por Selby *et al*, 1994) de sobrevivencia desarrollada por Maricela muestra un arreglo familiar que la ha mantenido parcialmente excluida de la posibilidad cotidiana de convivencia y socialización con sus hijos. Ambas mujeres cuentan actualmente con una vivienda "propia" y con un grado de independencia relativamente alto para tomar sus decisiones en comparación con otro tipo de escenarios familiares. Ambos casos ilustran la complejidad de cada una de las decisiones tomadas y las dinámicas de lucha de poder que se gestan en el interior de estos espacios domésticos (González de la Rocha, 1986; Wolf, 1994; Selby *et al*, 1994, y García y Oliveira, 1994, entre otros).

La pregunta es si realmente la separación de pareja ante situaciones de infidelidad, irresponsabilidad masculina y maltrato, entre otras, significa una alternativa viable para lograr mejores condiciones de vida tanto individuales como familiares, así como el papel que juega el trabajo femenino en esta disyuntiva. Si miramos la situación actual de Mónica y Maricela podemos considerar que en términos emocionales individuales y a largo plazo, la separación de pareja las benefició. Sin embargo, los obstáculos que tuvieron que enfrentar estas mujeres durante el proceso de separación y en años posteriores, muestran los altos costos que todavía existen cuando se opta por esta alternativa y que pueden llegar a significar la desintegración del grupo familiar. Como insumo a este cuestionamiento se presenta la siguiente cita de campo:

Sobre los dilemas propios de separarse o no cuando se vive en situaciones de infidelidad y maltrato por parte de la pareja, las mujeres de la panadería de la colonia comentaron lo siguiente:

...Eso de estar mejor sin el marido no es cierto, estoy de acuerdo que en mujeres menos pobres que nosotros sí se puede dar, cuando se tiene por lo menos lo mínimo para vivir, una casa segura, servicios, un trabajo, etc. Pero en el caso de la mayoría de las mujeres como nosotros, donde la pobreza es más "perra" no se puede decir que se vive mejor cuando una se separa del marido. Te lo digo porque yo lo veo en la colonia. Así nos den golpes y catorrazos, a las mujeres no nos conviene separar-

nos del marido porque simplemente no la hacemos para sacar adelante la familia, si siendo los dos mire usted lo difícil que es, ahora, una sola está cabrón. Aquí no hay de otra más que apechugar y no conviene estar sola. Yo tengo una amiga que es pobre pero vive mucho mejor que nosotras, a ella la abandonó el marido y ella sí ha podido salir adelante, pero es que por lo menos en esos casos no te dejan en la calle, ella tiene ya su casa con todos los servicios, tiene trabajo y es otra cosa. Pero por acá, hay muchas mujeres que las abandona el marido o que ellas deciden largarse o largarlo y si vieras cómo andan rodando ellas y sus hijos después, que se buscan a otro hombre y luego a otro, y nomás ya no la hacen y puro rodar con todo y los hijos. (Diario de campo, julio-diciembre del 2000).

La evidencia muestra el dilema que enfrentan muchas mujeres en escenarios sociales similares a Las Flores, donde la separación de pareja puede implicar costos muy altos. La separación como una alternativa para la búsqueda de mejores condiciones de vida no se confirma en la población estudiada a diferencia de lo planteado por autores como González de la Rocha (1999c) y Chant (1988 y 1997). El tipo de actividad económica desarrollada por las mujeres y los niveles de precariedad de esta actividad, así como la posibilidad de contar con una vivienda en el momento de la separación, son elementos determinantes en el proceso de cálculo y ensayo en la toma de decisiones que ejercen las mujeres ante el cuestionamiento de la separación. Optar por una separación no es una alternativa para la gran mayoría de las mujeres pobres urbanas que habitan en los asentamientos irregulares de las grandes ciudades de nuestro país.

4.2. Segundo grupo: mujeres unidas y participación económica

Este segundo grupo está compuesto por siete mujeres que viven actualmente con su pareja; cuatro de ellas pertenecen a hogares en consolidación, dos a hogares en expansión y solamente una mujer pertenece a un hogar en dispersión. De los siete casos sólo en dos de ellos las mujeres no trabajan actualmente, se trata de una mujer que reside en un hogar en expansión y una segunda mujer que reside en un hogar en dispersión y con estructura extensa. A continuación se muestran dos de los casos: Celina y Lola, que dada su potencialidad analítica, permiten desentrañar las dificultades que enfrentan las mujeres pobres que residen en áreas metropolitanas.

a) Trabajo femenino doméstico y extradoméstico en hogares en expansión, ¿asuntos irreconciliables? El caso de Celina

Celina tiene 25 años. Su familia actual es una organización nuclear y se encuentra en fase de expansión. Ella y su pareja son originarios de la ciudad

de Guadalajara. La familia de origen de Celina es de Zacatecas. Celina tiene tres años de casada y un hijo de dos años. Trabajó de soltera en varias fábricas, cuando tuvo a su hijo dejó de trabajar, esta decisión fue negociada con su pareja. Celina declara que la jefatura de su hogar es compartida ya que ambos toman de común acuerdo cada una de las decisiones respecto a su hogar y a su pequeño hijo. Además, su pareja colabora en los quehaceres del hogar y en el cuidado del hijo. Celina considera estar en igualdad de condiciones que su pareja y explicita que ella se siente capaz de trabajar nuevamente en cualquier momento. Esta posición le da a Celina una libertad mayor para mantener una relación equitativa con su pareja.

Es interesante cómo Celina desarrolla estrategias para cuidar los pequeños ahorros de la familia y vigilar el consumo de alcohol de su pareja: cuando él ingiere alcohol en el trabajo (él es repartidor de garrafones de agua) o al salir de éste, Celina le cobra con "mordidas" y él tiene que pagar el monto correspondiente. Tanto Celina como su pareja están de acuerdo en este tipo de medidas y parece que les han dado buen resultado hasta el momento. Sin embargo, Celina nos deja ver en su narrativa las ventajas que ella percibe en la posibilidad de trabajar y lo que significa en su autoimagen el mantenerse únicamente como ama de casa y al cuidado de su pequeño hijo.

...Cuando estaba chica pues era estudiar y hacer trabajitos también, así que te hablan las señoras que te dicen que si les ayudas o algo (empleada doméstica) o en vacaciones también, pero mi trabajo que tuve más formal fue ya cuando me salí de la secundaria y entré a una fábrica y pues ya tienes tu horario. Y pues era para ajustar yo, que mi ropa, que mis zapatos, cosas de uno. Y es que ahorita ya no se usa, pero antes había mucho tiempo extra, ahora se usa tiempo por tiempo y en ese entonces había mucho tiempo extra, y me quedaba lo más que podía porque mi papá no me dejaba (trabajar) de noche, pero me iba hasta los domingos; sábados y domingos desde las ocho de la mañana hasta las cinco o seis de la tarde. Y entre semana salía como a las 5:15 y me quedaba también como hasta las 8:00 de la noche haciendo tiempo extra, para que me saliera más o menos de dinero, porque a veces yo también tenía que dar para la casa y hay que dejar dinero para uno y no alcanza. En ese trabajo duré poquito, yo creo que unos ocho meses y me tuve que salir porque íbamos a ir a Zacatecas toda la familia y no me daban permiso en el trabajo, yo no quería ir pues tampoco, pero mi papá, como mandaba él, fueron por mí al trabajo y me quedé allí y me sacaron a fuerzas y me salí de trabajar porque dijeron que no podían darme permiso, que renunciara y tuve que renunciar.

Y ya casada también estaba trabajando (duré casi un año) pero me salí porque el niño estaba chiquito, pues apenas tenía el año, y diario entraba yo a la fábrica a las 7:30 de la mañana, pero me llevaba él (su pareja), él siempre se va a las 6:30 de la mañana porque trabaja de chofer y tiene que cargar y vender garra-

fonos de agua. Entonces nos íbamos a las 6:30 y pasábamos con mi mamá a que nos cuidara al niño, le daba poquito, 100 pesos para que nos lo cuidara, pero era de lunes a viernes... pasábamos, se lo dejábamos y ya me llevaba al trabajo y ya en la tarde venía por el niño. Pero aparte de que era temprano, el niño diario andaba malo de la gripita, porque era muy temprano o muy fresco para él, y luego diario lo dejábamos llorando y entonces por eso me salí de trabajar, porque el niño diario llorando y que se quería ir con nosotros, entonces fue cuando mi esposo me dijo que yo no tenía necesidad y aparte al niño lo estábamos descuidando y él me dijo: “salte y te aumento más, te aumento más”, me daba en ese tiempo (hace año y medio) se me hace que 150 pesos cada semana y me dijo: “salte y te doy 100 pesos más” y ya me dio 250 pesos.

...Pero sí, cuando trabajaba me sentía más a gusto, como que más actividad; cuando no trabajo, como ahorita, me pongo más gorda, me dicen las gentes: “señal de que estás a gusto”. Y (en cambio), estoy trabajando y adelgazo, aparte de que me siento más..., no es lo mismo levantarse por obligación de que tienes que ir a trabajar a levantarte nomás por levantarte temprano. Cuando trabajo, me levanto temprano y como que descanso más, como que me doy más tiempo para todo, en cambio sin trabajar me enfado más de estar aquí mismo o de no hacer nada. (Entrevista a Celina, 1998).

b) Mujeres panaderas: un esfuerzo comunitario. El caso de Lola

Lola es una mujer de cuarenta y tantos años, es de tez blanca de ojos castaños al igual que su cabello, es de baja estatura y de complexión mediana. Trae puesta una pañoleta y un delantal. Su voz es gruesa y es una mujer que está en constante actividad y simultáneamente va charlando, cantando y creando el pan. Ella vive a un costado del templo, tiene siete años de vivir en Las Flores, se vino después de vivir trece años en casa de sus suegros, situación que la tenía al “borde de la locura”, según comenta.

Lola tiene tres hijos, una hija adolescente que estudia y de vez en vez ayuda en la casa, un hijo adolescente de doce años que le reclama y exige a Lola su comida a tiempo y su ropa (al igual que el padre), ahora que Lola trabaja en la panadería y que no tiene tanto tiempo. El otro hijo tiene cuatro años y va al kínder del templo. Lola vive al lado de su madre y tiene por vecinos a dos de sus hermanos. Otra hermana de Lola vive en Tijuana.

Lola ha trabajado como voluntaria para INEA dando clases de secundaria a otras mujeres de la colonia en el templo. Ella comenta que hasta hace poco le empezaron a dar algunas compensaciones económicas por la labor realizada. Actualmente trabaja en la panadería, ésta se inició después de tres años de tener el equipo que fue donado por una asociación civil; se habían hecho intentos anteriormente pero no habían funcionado. La idea era que la panadería fuera trabajada principalmente por jóvenes de la colonia pero no se obtuvo respuesta. Las personas que donaron el equipo pidieron que ya se echara a andar la panadería,

así que Lola junto con otras siete señoras tomaron un curso de capacitación durante un mes con un buen panadero de Guadalajara y hace dos meses que trabajan diariamente de 5 am a 3 de la tarde en la panadería.

Lola es una mujer de carácter fuerte, ella dice que no está en la panadería por interés económico (les pagan según las ventas, \$400.00 pesos al mes, más o menos) sino por ayudar a la comunidad. Para ella la cuestión del interés comunitario es un valor muy importante y así lo hace ver a sus compañeras panaderas. Para Lola la llegada a Las Flores representó la posibilidad de independizarse de su familia política y tener mayor control de su vida y la de su familia. La relación con su pareja se torna difícil por su trabajo de panadera, el hombre le exige tener lista la comida cuando él llega, así como el aseo de la casa y la ropa. Ella al principio llegaba hasta las cinco de la tarde de la panadería y esto le ocasionaba fricciones con su pareja. Actualmente sale más temprano, alrededor de las 3 pm, ya que han desarrollado mayor habilidad para hacer y vender el pan. Sin embargo, las presiones con la pareja continúan en lo cotidiano.

Lola dice claramente que ella no está ahí por el dinero, que para eso mejor se iba a una fábrica a trabajar de manera formal. Para Lola, el trabajo de panadera significa un espacio social donde se siente libre, donde convive con sus compañeras y donde es ella; le significa mucho más que un trabajo en sí, de ahí ha generado relaciones importantes que le gratifican también a nivel personal. Ella se declara firmemente dispuesta a seguir defendiendo este espacio aun cuando continúen las exigencias y presiones con el marido. Lola está clara en que no va a permitir que la culpa si luego el hijo mayor se hace mariguano porque ella trabaja; ella considera que no es responsabilidad suya únicamente y que el marido también tiene que entrarle a la educación de los hijos.

Lola ha logrado este trabajo en un periodo doméstico de consolidación con hijos iniciando la adolescencia, además el hecho de que la panadería esté cerca del templo, le permite tener control de su hijo pequeño, quien al terminar el kinder es recogido por su madre o por alguien conocido y se queda en la panadería hasta que la mujer acaba la faena diaria. Lola comenta que trabajar le permite romper con la rutina de la casa, la limpieza y la comida, ir más allá de ese "vivir encerrado entre cuatro paredes". Al principio de estar en la colonia ella veía que otras mujeres salían o conversaban un rato al recoger a sus niños de la escuela y empezó a motivarse a tener más interacción con otras personas. Para Lola la ayuda más importante la obtiene gracias a que sus familiares directos son vecinos de ella. Esto lo he podido ver en estos días, cuando hace falta algún ingrediente en la panadería, Lola rápidamente manda a alguien a la tienda de su madre a traer lo faltante, a veces le visitan sobrinas o sus propios hijos y desde la ventana de la panadería sabe a qué hora salió el hijo, si ya se fue a la escuela o en qué anda.

Las narrativas construidas por tres de las mujeres que conforman este segundo grupo, señalan diferencias importantes en cuanto a capital humano (educación y experiencia) (Cerrutti y Zenteno, 2000; Moser, 1996, y Kaztman

y Filgueira, 1999) con respecto al resto de las mujeres entrevistadas. La formación y experiencia como maestra de una de ellas, Mariluz; la capacitación formal como partera de Juana y el acceso a la secundaria y a un trabajo formal en distintos momentos de la vida de Celina, contrastan con las situaciones domésticas y extradomésticas de cada una de ellas en etapas posteriores. Juana interrumpió indefinidamente su formación en el campo de la salud, Mariluz pasó de la docencia en educación básica a trabajos informales como afanadora de oficinas y al lavado y planchado ajeno. Celina, como muestra el relato expuesto, abandonó su empleo formal en una fábrica y actualmente se dedica exclusivamente al trabajo doméstico y al cuidado de su pequeño hijo. La evidencia muestra que el nivel de educación formal y de experiencia obtenida por las mujeres, no garantiza una mejor inserción laboral (Oliveira y Ariza, 2000). De igual manera, las trayectorias laborales femeninas se caracterizan por su naturaleza intermitente a diferencia de las trayectorias masculinas (Cerrutti y Zenteno, 2000). Las entradas y salidas femeninas del empleo y de los espacios de capacitación, están íntimamente ligadas con los eventos vitales de las mujeres y con las trayectorias y tiempos familiares (González de la Rocha, 1986). Estos "jaloneos" entre la vida doméstica y la vida laboral tienen serias repercusiones en las posibilidades de inserción laboral exitosa de las mujeres a diferencia de los hombres, quienes permanecen más estables a lo largo del tiempo en su carrera laboral (lo cual genera antigüedad y experiencia) y obtienen mejores ingresos.

Entender las capacidades de los hogares para enrutarse exitosamente en la estructura de oportunidades, en términos de Kaztman y Filgueira (1999), implica dismantelar las diferencias de género que se anidan en la propia estructura y que mantienen en condiciones de desventaja a la gran mayoría de las mujeres, situación que se agrava aún más cuando se vive en pobreza.

La polarización mantenida entre trabajo doméstico y extradoméstico, y la consecuente desvalorización del trabajo doméstico (Oliveira y Ariza, 2000), se ilustra claramente en la narrativa de Celina. Para ella, ser ama de casa significa mantenerse excluida del espacio extradoméstico que otorga reconocimiento social y fortalece la imagen que se tiene de sí misma (Benería y Roldán, 1992). Sin embargo, la joven Celina, a diferencia de otras mujeres de mayor edad, mantiene vigentes las posibilidades de insertarse nuevamente en el mercado laboral, de igual manera su margen y estilo de negociación con su pareja, muestra diferencias cualitativas a lo encontrado en hogares dirigidos por parejas de mayor edad. Estas pequeñas transformaciones muestran nuevas pautas culturales donde las mujeres jóvenes buscan activamente la ampliación de sus redes de relaciones hacia el ámbito laboral y la construcción social de nuevos espacios de pertenencia (Salles, 2001).

Entender los factores que impulsan a muchas mujeres pobres urbanas a entrar o salir del mercado laboral ha llevado a formular y discutir distintas explicaciones. La evidencia acumulada y las discusiones sobre el tema señalan una situación de tensión importante que repercute en la participación laboral femenina y en las condiciones en que ésta se desarrolla. Me refiero a una triple disociación entre el espacio productivo, el espacio de residencia y el espacio de formación y consolidación de las redes sociales en los asentamientos urbanos pobres del México actual.

Para Escobar (en prensa) la transición en ciudades como Guadalajara de un modelo centrado en "los oficios" a un modelo de corte "maquilador" ha traído consecuencias importantes en las dinámicas domésticas y sociales de la población urbana popular. El modelo de "los oficios" agrupaba a los distintos miembros de la familia y ofrecía oportunidades de trabajo a cada uno de ellos, así como la posibilidad para los hijos de involucrarse en "talleres" tradicionales con los vecinos o los parientes y, donde el padre de familia podía alternar entre empleos formales y actividades por cuenta propia, mientras que la madre participaba activamente en el desarrollo del negocio familiar. En contraste, el modelo maquilador se centra en las actividades de las grandes empresas, los trabajadores no pueden de ninguna manera convertirse en patrones ni pueden llegar a dominar los procesos productivos. Las relaciones entretejidas a través de los negocios y "talleres" familiares dejan de tener relevancia.

Estas transformaciones económicas generaron a lo largo de las últimas décadas una brecha creciente e insalvable entre los espacios de producción y los espacios de residencia. Muchas familias migraron del centro de las ciudades a la periferia y la posibilidad de contar con un negocio que aglutinara a distintos miembros emparentados entre sí, dejó de ser una alternativa viable ante los cambios socioeconómicos y la entrada de las grandes industrias a la región. Además, los continuos desplazamientos urbanos experimentados por muchos hombres y mujeres pobres en busca de un espacio físico donde vivir sin necesidad de pagar rentas cada vez más altas, ocasionó rupturas graves en las redes sociales entre parientes y vecinos que se habían construido a lo largo del tiempo. Los grandes contingentes de familias emparentadas entre sí que se desplazaban colectivamente fueron desapareciendo y en su lugar se agudizó el desplazamiento urbano de familias aisladas y de estructura nuclear hacia asentamientos irregulares en las zonas periféricas de las grandes ciudades (Enríquez, 1998, Enríquez y Aldrete, 1999).

Las consecuencias laborales de estos ajustes estructurales han sido particularmente dramáticas para las mujeres pobres urbanas. Ante un capital humano pobre y sin la presencia de mercados laborales cercanos a los espa-

cios de residencia, más el desmembramiento de los vínculos sociales que permitían negociaciones informales para lidiar con las demandas propias del trabajo doméstico y extradoméstico, las posibilidades de acceso al mercado formal de trabajo se debilitaron y las actividades económicas precarias dentro del sector informal (en proceso de saturación) han sido la única opción para la gran mayoría de las mujeres pobres urbanas. A este contexto hay que agregarle la retracción del Estado en sus funciones de seguridad social y, de manera particular, en los apoyos a la vivienda que en tiempos anteriores se habían brindado (Ramírez Sáiz, 1993 y 1995). De igual manera, el papel protagónico de la Iglesia en este tipo de asentamientos urbanos, que favorecía la reconstrucción del tejido social y daba densidad al espacio, dejó de tener el mismo impacto que logró en décadas pasadas. Asimismo, la crisis actual de la familia patriarcal ha evidenciado la imposibilidad que enfrentan los hombres para seguir sosteniendo su rol de proveedores únicos (Castells, 2000).

Un ejemplo elocuente sobre estos procesos es el caso de Celina. Ella tuvo que dejar su empleo por varias razones: su madre, quien se ofreció a cuidar al hijo de Celina, vive en una colonia lejana a Las Flores, que a su vez está distanciada del lugar de trabajo de Celina. A pesar de que Celina contaba con el apoyo de su esposo para transportarse en automóvil a casa de su madre, esto significaba salir de casa muy temprano con el niño para lograr cumplir con los horarios de trabajo. El niño se enfermaba continuamente y Celina no contaba con vínculos sociales significativos en Las Flores que le permitieran resolver esta situación. Finalmente Celina dejó el trabajo y con ello la posibilidad de percibir ingresos y mejorar las condiciones de vida de su unidad doméstica.

Como contraejemplo tenemos a “las panaderas de Las Flores”, ellas han logrado resolver la disociación entre el mundo laboral y el mundo doméstico, además el espacio social que les brinda la panadería ha favorecido la construcción de relaciones de intercambio y ayuda mutua entre ellas. Los ingresos que obtienen de su trabajo como panaderas son muy bajos y el tiempo que invierten cotidianamente en la producción y venta del pan rebasa por mucho las ocho horas diarias. Sin embargo, la panadería como muestra la narrativa de Lola, representa para estas mujeres un espacio de bienestar donde son ellas mismas quienes establecen los procesos de organización para la producción. La flexibilidad y clima social de esta pequeña empresa ha permitido la membresía a mujeres tanto en hogares en consolidación como en expansión.

Comprender la dimensión subjetiva del trabajo femenino (Ariza y Oliveira, 2001) nos acerca al mundo de significados que los actores sociales constru-

yen con respecto a su participación económica y a los posibles procesos de empoderamiento femenino. Para las mujeres panaderas el ingreso que reciben sigue siendo percibido como una “ayuda” o un “complemento” (Arias, 1998) para el sostenimiento del hogar, el estatus de la pareja como “el proveedor” no ha sufrido modificaciones importantes (Benería y Roldán, 1992, y Ariza y Oliveira, 2001). De igual manera, las narrativas muestran la ausencia de transformaciones en una distribución más equitativa del trabajo doméstico entre las mujeres panaderas y sus parejas. La literatura sobre este tema señala la enorme resistencia de las familias y las parejas para lograr modificaciones en este ámbito (Benería y Roldán, 1992; González de la Rocha y Escobar, 1999; Oliveira y Ariza, 2000; Ariza y Oliveira, 2001, y García y Pacheco, 2000; entre otros). Sin embargo, el planteamiento de Oliveira (1998) sobre una mayor resistencia de las familias pobres para transformar los roles tradicionales de género, puede ser matizado con una incipiente pero evidente mayor participación de las hijas y los hijos en las tareas propias del hogar aun cuando en la pareja no se observen transformaciones. La narrativa de Mayela, quien trabaja en la panadería, es contundente sobre este punto:

Quando él (su pareja) llega a la casa, yo ya le tengo lista su comida; en la mañana me vengo a la panadería y luego me regreso a hacerle su almuerzo, él no es ni para levantar un calcetín, ahí me deja el trasterío y toda la ropa sucia. Pero eso sí, a mis hijos ya me los tengo bien aleccionados de que en la casa todo mundo trabaja y a cada quien le toca hacer algo...

Finalmente y aun cuando la posibilidad de lograrlo es lejana para la mayoría de las mujeres pobres urbanas, podemos concluir con optimismo que: “la actividad económica extradoméstica abriga la posibilidad de generar las condiciones necesarias –aunque no suficientes– para el empoderamiento femenino; esto es, para que las mujeres adquieran cuotas crecientes de control y autonomía sobre sus vidas” (Ariza y Oliveira, 2001:21).

4.3. Tercer grupo: mujeres unidas y responsables económicas principales

Este grupo está compuesto por cuatro casos, se trata de dos mujeres en hogares en consolidación y otras dos en hogares en dispersión, todas ellas son jefas económicas y viven actualmente con sus parejas. Los resultados de la encuesta sobre participación femenina económica (expuestos en el apartado anterior) mostraron que el 36% de las mujeres que trabajan son proveedoras principales de sus hogares. Estos datos señalan el predominante papel que

juega el trabajo femenino en la lucha por la sobrevivencia y sugieren también nuevos ajustes en las relaciones familiares que sólo pueden ser explorados y discutidos a partir de un acercamiento etnográfico que dé cuenta de los dinamismos actuales en este tipo de arreglos domésticos. Autores como García y Oliveira (1994) y González de la Rocha y Escobar (1999) han señalado una posible asociación entre la jefatura femenina económica y el incremento de la violencia intradoméstica contra la mujer. Esta última categoría que formulo (mujeres unidas y responsables económicas principales), busca aportar elementos para el entendimiento de lo que sucede en el interior de este tipo de escenarios familiares y el papel que juega el trabajo femenino en ello.

Las narrativas construidas por María, Ángeles y Elsa, tres jefas económicas de larga trayectoria, muestran los múltiples conflictos experimentados a lo largo de sus vidas de pareja y la incidencia que ha tenido el factor económico. El caso de María transparenta la dicotomía existente en el pensamiento masculino sobre la participación económica femenina: "para que agarre mi responsabilidad te tienes que salir de trabajar", comenta su pareja. Esta breve aseveración señala la confrontación que muchos hombres viven hoy ante la inserción laboral de sus mujeres, que pone en entredicho el estatus del hombre como proveedor único, que el discurso tradicional mantiene vigente.

Para Elsa, trabajar como empleada doméstica ha significado durante varios periodos, el único medio de subsistencia familiar y también la intensificación del fenómeno violento en su relación de pareja:

...Cuando me iba yo a trabajar... a veces también bueno y sano (se refiere a su pareja en momentos de no haber ingerido alcohol), ... decía que yo andaba con los hombres que porque yo llegaba tarde; y yo le decía: "yo del trabajo a mi casa, si me entretengo es porque a veces hay mucho quehacer, me pongo a lavar y a planchar y a hacer toda la casa de la patrona"; él me decía: "no, pero que esto y el otro... si te quieres ir, vete, está la puerta libre..." (...) y todo el tiempo le di de comer (a su pareja), aunque me golpiara oiga...

Ángeles narra en su discurso el determinante papel que juega el dinero en las relaciones de poder entre la pareja así como los costos familiares y sociales que implica vislumbrar una posible separación:

...Hace unos dos meses me dejó (su pareja) casi muerta, se molestó porque mi padre me dejó una parte de la herencia y yo tuve que ir a firmar unos papeles, él me dijo: "dame el dinero, ¿dónde está?", yo le dije que eso tardaba, que no era de un día para otro y que de cualquier manera ese dinero era para mis hijas, para sacarlas adelante. El se enojó y me empezó a golpear y golpear, me dejó la mitad de la cara hinchadísima, apenas se me está bajando. (...) Yo no me animo a dejar mi

casa y a Raúl, de él sé que ya todo terminó, ya no siento nada por él, pero si lo dejo qué va a pasar con mis hijas, a dónde me las voy a llevar, van a andar rodando por ahí siendo que tienen su casa aquí. El problema es que Raúl dice que de ahí no se va, que nadie lo saca, y yo fui quien compró el terreno y quien poco a poco he ido fincando con los trabajitos que hago y lo que vendo. Pero si me voy, tendré que perder todo, además aquí tengo a mi gente, como sea la gente me sigue hasta para darles consejos, la gente me quiere... y yo voy a perder todo.

Las narraciones muestran la complejidad del fenómeno violento y el papel que juegan distintos factores para que éste se active. El consumo de alcohol y drogas por parte de la pareja está presente por lo menos en dos de las historias; sin embargo, como expresa Elsa, aun cuando su hombre está "bueno y sano", la posibilidad de maltrato está presente. El trabajo femenino como medio principal o único de subsistencia aparece como un elemento catalizador de la violencia contra la mujer. El dinero y las acciones que emprenden las mujeres para obtenerlo, exacerban la violencia tanto física como emocional en la relación conyugal. La participación económica de las mujeres no ha venido acompañada de una transformación en las prácticas discursivas y conductuales en torno a los papeles sexuales de hombres y mujeres. Este desfase confronta cotidianamente la autoridad masculina y promueve el ejercicio de la violencia contra la mujer como una forma de intentar restablecer el control perdido por parte de los hombres (García y Oliveira, 1994). La irresponsabilidad masculina y la posible exacerbación del fenómeno violento contra la mujer deben ser entendidas a la luz de los efectos que han tenido los cambios socioeconómicos en el comportamiento de los hombres (Kaztman, 1992) y a los constructos socioculturales que refuerzan las diferencias de género.

Las narrativas muestran también que no es posible establecer una asociación causal entre la centralidad del trabajo femenino extradoméstico y una mayor autonomía por parte de las mujeres en el manejo de los recursos y de la toma de decisiones, como sugieren Cerrutti y Zenteno (2000). Las posibilidades de empoderamiento femenino están también reguladas por otros factores, igualmente importantes, que rebasan el campo del trabajo y que tienen que ver con las ideologías de género, los valores, las identidades y las pautas institucionales que enmarcan las relaciones entre los hombres y las mujeres (Ariza y Oliveira, 2001).

Por último, quiero detenerme en la situación actual de Salma y su familia. Salma es una mujer de más de sesenta años que actualmente mantiene su hogar (unidad extensa) a través de su empleo como afanadora en una fábrica. La entrada de mujeres mayores al sector formal de empleo ha sido seña-

lada por distintos autores (García y Pacheco, 2000, y Zenteno, 1999). La respuesta laboral de Salma es producto de una decisión forzada (por la falta de recursos) y de carácter individual. La conformación extensa de su unidad doméstica no ha podido garantizar la participación económica de otras y otros proveedores en el mercado laboral para lograr la sobrevivencia. Los beneficios económicos del trabajo extradoméstico de Salma no implican mejores condiciones de vida en términos individuales (Oliveira, 1998), en especial para ella. El hogar de esta mujer muestra nuevos comportamientos sociales en torno a las relaciones de reciprocidad, los hijos e hijas no se viven con el "mandato moral" de aportar económicamente al hogar, como en otros tiempos. Las condiciones que garantizaban este tipo de intercambios entre generaciones: como el acceso a una herencia, a tierras, a negocios familiares, etc., han dejado de existir y en su lugar, nos encontramos con distintos medios que promueven la búsqueda individual del bienestar en una sociedad donde impera el consumo y las relaciones de competencia.

5. TRABAJO FEMENINO Y POBREZA URBANA: REFLEXIONES PARA LA ACCIÓN

Entender el trabajo femenino demanda explorar las relaciones entre éste y el ámbito de lo doméstico. La respuesta laboral femenina está íntimamente asociada con las demandas domésticas y con los cambios socioeconómicos macro que experimentan las sociedades contemporáneas.

El trabajo aparece en todos los casos como una actividad que han desarrollado las mujeres desde su infancia. No se trata entonces de una experiencia nueva producto de una crisis económica mayor, sino de una estrategia familiar ya conocida que ha permanecido presente a lo largo de sus vidas. Vivir con limitaciones económicas parece ser más bien una condición de vida que aun cuando ha presentado fluctuaciones, nunca ha dejado de existir. Mirar hacia el pasado es tomar conciencia de la sombra que la pobreza deja a su paso. Muchas de las mujeres son originarias de Guadalajara y es en la ciudad donde han vivido en pobreza, como afirman González de la Rocha y Escobar (1999), es la propia ciudad la productora y generadora de pobres en la actualidad.

El empleo doméstico ha sido la principal actividad que han desarrollado las mujeres a lo largo de sus vidas. Las trayectorias muestran el ejercicio de esta actividad desde la niñez y la adolescencia. Ser empleada doméstica significa quedar a merced de los buenos o malos tratos, los buenos o malos pagos, los límites difusos de las negociaciones asimétricas, los abusos, excesos y consideraciones inherentes al mundo de lo "privado", y la ausencia de

seguridad y protección social. Los relatos muestran la suerte y también la poca fortuna de este tipo de actividad económica. La relación con los patrones ha significado para algunas de las entrevistadas un vínculo social positivo que ha rebasado las fronteras formales de la relación laboral y ha propiciado la ayuda solidaria. En otros casos, ser empleada doméstica ha implicado más bien la sobreexplotación, la soledad, el aislamiento y la falta de oportunidades de desarrollo. "Trabajar en casas" como lo denominan las entrevistadas, significa mantenerse fuera de los derechos y obligaciones del trabajo formal, es también una de las pocas oportunidades de obtener ingresos cuando las demandas del hogar y del cuidado de los hijos no permiten el acceso a los esquemas rígidos que manejan la mayor parte de los empleos formales.

El trabajo es asumido como un valor y como una estrategia. El arte de "granjear" explicita la relación dual de todo intercambio. Los pobres urbanos son sujetos activos que desarrollan creativamente un número ilimitado de tácticas para procurarse los bienes necesarios para la sobrevivencia. La gratuidad como tal no existe, aun en las relaciones más estrechas de parentesco, el don lleva en sí mismo la fuerza del retorno (Godelier, 1998), sea éste un acuerdo explícito o implícito.

La ausencia de trabajo y la falta de seguridad y protección social representan los puños de la pobreza extrema. El debilitamiento del Estado en su papel benefactor (Esteinou, 1994, y Kaztman y Filgueira, 1999) y la precariedad del empleo generan condiciones de hambre, abandono y muerte. Los relatos de muchas mujeres pobres urbanas ilustran en términos de Kaztman (1999) la situación de aquellos hogares que él denomina como "vulnerables a la marginalidad" donde las capacidades para insertarse mínimamente a la estructura de oportunidades se vuelven imposibles.

El dilema que enfrentan varias de las entrevistadas tiene que ver con la posibilidad de trabajar vs el cuidado de los hijos. Esta situación genera conflictos tanto en la relación de pareja como en las angustias que viven muchas madres que se ven forzadas a dejar solos a sus hijos pequeños durante varias horas. Las mujeres pobres urbanas optan la mayoría de las veces por trabajos mal remunerados que les permitan tener flexibilidad de horario y poder atender entonces a los hijos.

Al retomar la propuesta de Moser (1996) sobre activos-vulnerabilidad, queda claro que los recursos con que cuentan algunas mujeres en cuanto a capacitación formal no han podido transformarse en activos reales en la lucha por la sobrevivencia. El no poder activar estos recursos no sólo implica peores condiciones de vida para el grupo doméstico, sino que también repercute en la percepción que las mujeres tienen de sí mismas y de su propia valía.

El trabajo femenino extradoméstico desarrollado por la población estudiada no ha implicado una revalorización de la mujer en el interior de su hogar y en su relación de pareja. De igual manera, la participación económica de las mujeres pobres urbanas, tal como encontraron tiempo atrás Benería y Roldán (1992), no ha logrado todavía cambios sustantivos en vías a una distribución más equitativa del trabajo doméstico. Sin embargo, las narrativas de las mujeres panaderas muestran también el profundo bienestar que les genera participar en ese espacio y clima social que han construido para la creación del pan. Las relaciones de solidaridad, camaradería, apoyo y ayuda mutua que han establecido entre ellas, les ha dado la fortaleza suficiente para negociar cotidianamente en la familia, su pertenencia a esta pequeña empresa. En este sentido, el trabajo colectivo que realizan las mujeres es una oportunidad importante de revalorización de sus personas y de sus capacidades.

En coincidencia con autores como Moser (1996) y González de la Rocha (1999b) es el trabajo la estrategia fundamental que los pobres urbanos demandan para poder sobrevivir en la actualidad. La ausencia de empleo y la precariedad del mismo son asuntos que se abordan sistemáticamente en las narrativas que construyen los pobres.

El diseño de políticas sociales orientadas al desarrollo familiar y comunitario debe contemplar la enorme diversidad de arreglos familiares que existen hoy en nuestro país. No podemos hablar de la familia como una realidad homogénea y estática. Es necesario abordarla en su complejidad y heterogeneidad; y, en este sentido, tomar en cuenta dimensiones tales como tipo de estructura familiar, etapa del ciclo doméstico y tipo de jefatura de hogar, que son elementos imprescindibles para comprender la problemática familiar actual (González de la Rocha y Escobar, 1999).

A partir de la investigación de caso realizada, quiero señalar algunos de los escenarios domésticos que he encontrado como especialmente vulnerables en "Las Flores" y que posiblemente puedan ayudar a comprender la problemática existente en asentamientos urbanos irregulares que presenten características similares a las encontradas en Las Flores:

- a) Familias pobres en etapa de expansión, donde la mujer también trabaja y tiene a su cargo dos o más hijos pequeños.
- b) Familias de jefatura femenina económica, es decir, familias donde la mujer-madre es la perceptora principal o única de ingresos, aun estando la pareja presente. En estos hogares hemos detectado los índices de violencia doméstica contra la mujer más altos.
- c) Hogares unipersonales. Se trata principalmente de mujeres ancianas que viven solas. Muchas de ellas se encuentran en condiciones graves de aislamiento social. Han perdido o han visto deteriorarse sus redes sociales a lo

largo de los años, han perdido sus nexos con familiares y las redes vecinales se han empobrecido enormemente debido a la imposibilidad actual de reciprocarse con los otros.

- d) Hogares en expansión de jefatura femenina, se trata principalmente de madres solteras adolescentes en condiciones de vulnerabilidad social y económica alarmantes. Algunas de estas mujeres utilizan como estrategia de sobrevivencia el continuar con sus familias de origen, aún en condiciones de subordinación. Sin embargo, hay muchas otras mujeres-madres solteras que no cuentan con las redes familiares necesarias para auxiliarse de esta estrategia y quedan ellas y sus hijos desprovistos de cualquier tipo de apoyo y seguridad.

Lograr la integración y reconciliación entre el espacio de residencia y el espacio productivo con la consecuente potenciación de las redes de apoyo y ayuda mutua en la comunidad es uno de los retos principales en el combate a la pobreza en las grandes ciudades. Es imprescindible crear las condiciones necesarias para que los pobres urbanos, especialmente las mujeres, puedan resolver las demandas propias del trabajo doméstico y extradoméstico. En todo ello, el tiempo juega un papel fundamental. La creación de guarderías con un enfoque participativo puede apoyar también la generación de mejores condiciones de vida dentro del propio espacio comunitario.

Los factores salud, alimentación y vivienda son prioridades imperantes a atender en las comunidades urbanas de escasos recursos. Actualmente los pocos ingresos que obtienen las familias pobres de la ciudad, se esfuman rápidamente en la atención de enfermedades asociadas a la condición misma de pobreza. Romper el círculo de la pobreza implica dotar de los servicios públicos a todas esas comunidades que carecen de ellos, diseñar programas de atención y prevención de enfermedades físicas, promover el fortalecimiento de las redes de ayuda y de reciprocidad tanto formales como no formales en el interior de estos espacios sociales y trabajar en la formación de paraprofesionales de la salud que intervengan desde un enfoque comunitario en este tipo de asentamientos.

Es necesaria también la generación de programas que promuevan una paternidad responsable y que sean elaborados a partir del mundo de significados propios de los diversos grupos socioculturales de nuestra región. Sólo de esta manera será posible la apropiación de contenidos y de prácticas sociales que promuevan la equidad y la solidaridad en el interior de los grupos domésticos y de los diferentes entornos comunitarios.

Atender la salud mental de las familias y de cada uno de sus miembros implica generar programas de prevención e intervención comunitaria que partan de las necesidades sentidas y expresadas por los actores sociales. Los

problemas de desintegración familiar y de deterioro en la salud mental deben ser abordados de manera interdisciplinaria y sin dejar de lado las variables económicas y sociales que propician este tipo de malestar. En este sentido, atender la salud mental implica desarrollar programas de intervención que reflejen realmente la condición de vida de los sujetos y promuevan su participación para un mayor bienestar.

Es necesario también el diseño de programas comunitarios que promuevan la formación integral de los niños, sobre todo en esos horarios donde los padres trabajan y los niños quedan sin atención y supervisión. En estos espacios es posible diseñar talleres que promuevan en los niños, desde pequeños, actitudes de cooperación, de ayuda, de solidaridad, de respeto a los otros y a su medio ambiente.

Finalmente, considero que las relaciones establecidas entre aquellos que abordan el fenómeno de la pobreza en nuestro país y aquellos que la experimentan cotidianamente, han dado lugar a un discurso centrado en las carencias y en la configuración de "los pobres" como sujetos pasivos y por tanto sin capacidad de agencia. La realidad dista mucho de esta perspectiva y de las prácticas asistencialistas que la consecuentan. El combate frontal e integral a la pobreza implica detonar el discurso de las potencialidades y trabajar conjuntamente, cada uno de los actores sociales involucrados, en el desarrollo de programas participativos que promuevan mejores condiciones de vida.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Acosta, F. (1998). *Estructura Familiar, Hogares con Jefatura Femenina y Bienestar en México*. El Colegio de México. Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano. México, D.F. Tesis Doctoral por publicarse.
- Arias, P. (1998). "El trabajo femenino a domicilio ayer y hoy". En: *Sociológica*. Año 13 No. 37. Mayo-Ago. (1998). UAM, Azcapotzalco.
- Ariza, M. y O. Oliveira, (2001). "Cambios y continuidades en el trabajo, la familia y la condición de las mujeres." Ponencia presentada en el *Seminario de Investigación: Mujeres migrantes mexicanas en contextos transnacionales: Trabajo, Familia y Actividades Político-Comunitarias*. 22-24 de Marzo del 2001. Chapala, Jalisco.
- Bazán, L. (1998). "El último recurso: Las relaciones familiares como alternativas frente a la crisis." Ponencia preparada para *LASA 98*, Chicago.
- Bazán, L. y M. Estrada (1998). "Recién llegados a la informalidad: la experiencia de los petroleros desempleados." En: *Sociológica*. Año 13, núm. 37. UAM Azcapotzalco.
- Benería, L. y M. Roldán (1992). *Las encrucijadas de clase y género*. Trabajo a domicilio, subcontratación y dinámica de la unidad doméstica en la ciudad de México. El Colegio de México. México. Fondo de Cultura Económica y Economía Latinoamericana.

- Castells, M. (2000). *La era de la Información: Economía, Sociedad y Cultura*. Vol. II. El poder de la Identidad. México. Siglo XXI editores.
- Cerruti, M. y R. Zenteno (2000). "Cambios en el papel económico de las mujeres entre las parejas mexicanas." En: *Estudios demográficos y urbanos*. núm. 43. Vol. 15 Num. 1. Ene-Abr de 2000. El Colegio de México.
- Chant, S. (1988). "Mitos y realidades de la formación de las familias encabezadas por mujeres: El caso de Querétaro, México." *Mujeres y Sociedad*. México. El Colegio de Jalisco, Ciesas Occidente.
- Chant, S. (1996). *Gender, Urban Development and Housing*. (UNDP).
- Chant, S. (1997). *Women-Headed Households. Diversity and Dynamics in the Developing World*. Great Britain. Macmillan Press LTD.
- Chiarello, F. (1994). "Economía informal, familia y redes sociales." En: R. Millán (Comp.), *Solidaridad y producción informal de recursos*. México. Instituto de Investigaciones Sociales. UNAM.
- Enríquez, R. (1998). *Voces de la Pobreza: Malestar emocional femenino y redes sociales. Un estudio comparativo sobre jefaturas de hogar pobres*. Guadalajara, Iteso. *Revista Avances de Investigación*. núm. 5.
- Enríquez, R. y P. Aldrete (1999). "Características de los hogares pobres urbanos: Caso 'Las Flores'". En: R. Enríquez (coord.), *Hogar, pobreza y bienestar en México*. Guadalajara. Iteso.
- Escobar, A. (2001). "México: La pobreza vista desde una perspectiva política y académica." En: R. Gallardo, J. Osorio y M. Gendreau (Coords.), *Los rostros de la pobreza: El debate*. Tomo III. México, Ed. Limusa.
- Esteinou, R. (1994). "Fuentes de solidaridad: familia y Estado benefactor." En: R. Millán (Comp.), *Solidaridad y producción informal de recursos*. México. Instituto de Investigaciones Sociales. UNAM.
- Estrada, M. (s/f). *En el límite de los recursos. El impacto de la crisis de 1995 en familias de sectores populares urbanos*. Manuscrito.
- García, B., H. Muñoz, O. Oliveira (1982). *Hogares y trabajadores en la ciudad de México*. Universidad Nacional Autónoma de México. México. El Colegio de México e Instituto de investigaciones Sociales. Coordinación de Humanidades.
- García, B y O. de Oliveira (1994). *Trabajo femenino y vida familiar en México*. México. El Colegio de México.
- García, B. (1998). "Dinámica Familiar, pobreza y calidad de vida: una perspectiva mexicana y latinoamericana". En: B. Schmukler (Coord), *Familias y relaciones de género en Transformación*. México. Population Council.
- García, B. y E. Pacheco (2000). "Esposas, Hijos e Hijas en el mercado de trabajo de la Ciudad de México en 1995." En: *Estudios demográficos y urbanos*. Vol. 15. núm. 1. Ene-Abr de 2000. El Colegio de México.
- Godelier, M. (1998). *El enigma del Don*. Editorial Paidós.
- González de la Rocha, M. (1986). *Los recursos de la pobreza. Familias de bajos ingresos en Guadalajara*. Guadalajara. El Colegio de Jalisco, Ciesas.

- González de la Rocha, M. (1994). *The resources of poverty. Women and survival in a mexican city*. Oxford, Basil Blackwell.
- González de la Rocha, M. (1999a). "La reciprocidad amenazada: Un costo más de la pobreza urbana." En: R. Enríquez (coord.), *Hogar, pobreza y bienestar en México*. Guadalajara. Iteso.
- González de la Rocha, M. (1999b). *Assets and vulnerability: Approaching coping strategies in the context of transition and structural adjustment*. Manuscrito.
- González de la Rocha, M. (1999c). "Hogares de Jefatura Femenina en México: Patronos y formas de vida." En: M. González de la Rocha (Coord.), *Divergencias del Modelo Tradicional: Hogares de Jefatura Femenina en América Latina*. México, Ciesas.
- González de la Rocha, M. y A. Escobar (1999). "Recursos y activos de los pobres urbanos. Género, familia y trabajo: Un intento de diálogo con la política social." En: *Pobreza y Desarrollo Social. Una estrategia para el combate a la pobreza en Jalisco*. Guadalajara, Gobierno del Estado de Jalisco. Disco compacto.
- Kaztman, R. (1992). "¿Por qué los hombres son tan irresponsables?" *Revista de la Cepal* núm. 46. Abril de 1992.
- Kaztman, R. y C. Filgueira (1999). "Notas sobre el marco conceptual." En: R. Kaztman (Coord.), *Activos y Estructuras de Oportunidades. Estudios sobre las raíces de la vulnerabilidad social en Uruguay*. Uruguay. Pnud-Uruguay y Cepal-Oficina de Montevideo.
- Mingione, E. (1994). "Sector informal y estrategias de sobrevivencia: hipótesis para el desarrollo de un campo de indagación." En: R. Millán. (Comp.), *Solidaridad y producción informal de recursos*. México. Instituto de Investigaciones Sociales. UNAM.
- Moser, C. (1996). *Confronting Crisis. A Comparative Study of Household Responses to Poverty and Vulnerability in Four Poor Urban Communities*. Environmentally Sustainable Development Studies and Monographs Series No. 8. Washington, D.C. The World Bank.
- Oliveira, O. (1998). "Familia y relaciones de género en México." En: B. Schmukler (Coord.), *Familias y relaciones de género en transformación*. México. Population Council. Edamex.
- Oliveira, O. y M. Ariza (2000). Género, trabajo y exclusión social en México. En: *Estudios demográficos y urbanos*. núm. 43. Vol. 15 núm. 1. Ene-Abr de 2000. México. El Colegio de México.
- Ramírez Sáiz, J.M. (1993). *La vivienda popular y sus actores*. Editorial de la Red Nacional de Investigación Urbana. México. RNIU y Cismos de la Universidad de Guadalajara.
- Ramírez Sáiz, J.M. (1995). *Los movimientos sociales y la política. El Comité popular del Sur en Guadalajara*. Guadalajara. Universidad de Guadalajara.
- Roberts, B. (1995). *The Making of Citizens: cities of peasants revisited*. London. Arnold.
- Salles, V. (2001). "Sociología de la Cultura, Relaciones de Género y Feminismo: Una Revisión de Aportes." Ponencia presentada en el *Seminario de Investigación: Mujeres migrantes mexicanas en contextos transnacionales: Trabajo, Familia y Actividades Político-Comunitarias*. 22-24 de Marzo de 2001. Chapala, Jalisco.
- Selby, H., A. Murphy, S. Lorenzen, I. Cabrera, A. Castañeda y I. Ruiz, (1994). *La familia en el México urbano. Mecanismos de defensa frente a la crisis (1978-1992)*. México. Consejo nacional para la cultura y las artes. Conaculta.

- Vite, M.A. (1999). "Amartya Kumar Sen: Notas para pensar la pobreza y la desigualdad social." En: *Sociológica*. Año 14 núm. 39. Ene-Abr de 1999. UAM Azcapotzalco.
- Wolf, D. L. (1994). *Factory Daughters. Gender, household dynamics, and rural industrialization in Java*. USA. University of California Press.
- Zaffaroni, C. (1999). "Los recursos de las familias urbanas de bajos ingresos para enfrentar situaciones críticas." En: R. Kaztman (Coord.), *Activos y Estructuras de Oportunidades. Estudios sobre las raíces de la vulnerabilidad social en Uruguay*. Uruguay. PNUD-Uruguay y Cepal-Oficina de Montevideo.
- Zenteno, R. (1999). "Crisis económica y determinantes de la oferta de trabajo femenino en México: 1994-1995." En: *Estudios demográficos y urbanos*. núm. 41. Vol. 14 núm. 2. Mayo-Agosto. El Colegio de México.